

Revista literaria · N.º 2 Volumen I · 2026

# EXTRAVAGANTES



**VOLUMEN I DE UN LADO DEL ATLÁNTICO**

VOLUMEN II DEL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO

MARÍA TERESA ANDRUETTO · SARA BERTRAND · GRACIELA BIALET · FREDDY  
GONÇALVES DA SILVA · VERÓNICA MURGUÍA · MARÍA OSORIO CAMINATA · PATO  
PEREYRA · BEATRIZ SANJUÁN

[WWW.RUTASDELECTURA.COM](http://WWW.RUTASDELECTURA.COM)



**E  
X  
T  
R  
A  
V  
A  
G  
A  
N  
T  
E  
S**

**DIRECTORA**

Beatriz Sanjuán

**EDICIÓN**

Beatriz Sanjuán

Freddy Gonçalves Da Silva

**DISEÑO Y EDICIÓN GRÁFICA**

Alejandra Hernández

Freddy Gonçalves Da Silva

**ILUSTRACIONES**

Alejandra Hernández

**COLABORACIÓN DE ESTE NÚMERO**

Beatriz Sanjuán

Freddy Gonçalves

Graciela Bialek

María Osorio Caminata

María Teresa Andruetto

Pato Pereyra

Sara Bertrand

Verónica Murguía

**COLABORAN**

TresBrujas

PezLinterna

**REFERENCIAS VISUALES**

Para esta revista se tomaron como referencia imágenes procedentes de los siguientes libros: *Para encontrar un tigre* (Gustavo Roldán, Comunicarte); *Niños* (María José Ferrada, ilustrado por María Elena Valdez, Liberalía); *De noche en la calle* (Ángela Lago, Ekaré); *Guernica* de Pablo Picasso (expuesto en el Museo Reina Sofía, España)

**[WWW.RUTASDELECTURA.COM](http://WWW.RUTASDELECTURA.COM)**



Recuperamos la revista **Extravagantes** con un número dedicado al **Tiempo de Creación**, el nuevo proyecto de **Rutas de Lectura**. Artículos que exploran lo íntimo y lo social, el oficio y la ingenuidad, los orígenes y los futuros, nos invitan a formar parte de este laboratorio de ideas en torno a la literatura para todas las edades.

Este proyecto ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



6

Una extravagante bienvenida

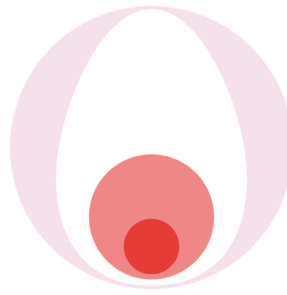
Beatriz Sanjuán



14

Notas sobre la escritura

María Teresa Andruetto



28

Entrevista a Pato Pereyra

Freddy Gonçalves Da Silva



56

Intimidad y creación,  
un binomio virtuoso

Sara Bertrand



**Tabla de  
contenidos**  
del un lado del Atlántico



70

Crear con la paz: literatura  
infantil latinoamericana  
escrita por mujeres

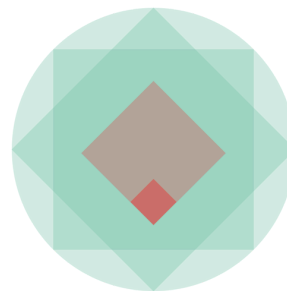
Graciela Bialet



88

La urraca ladrona

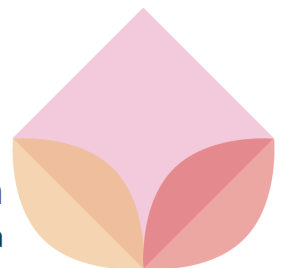
Verónica Murguía



102

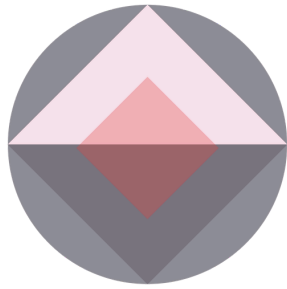
Levantar un mundo delante de  
nuestros ojos: crear desde la edición

María Osorio Caminata

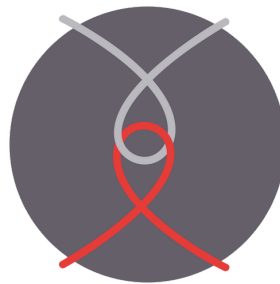




6  
Diario extravagante de un oficio  
Mónica Rodríguez



42  
Pido la palabra  
Sara Madrid Jordán



56  
*Sangre y almas perdidas o  
Carmen Conde derramada*  
Fran Garcerá

**Tabla de  
contenidos**  
del otro lado del Atlántico



70  
Entrevista a Beatriz  
Martín Vidal  
Óscar Molero



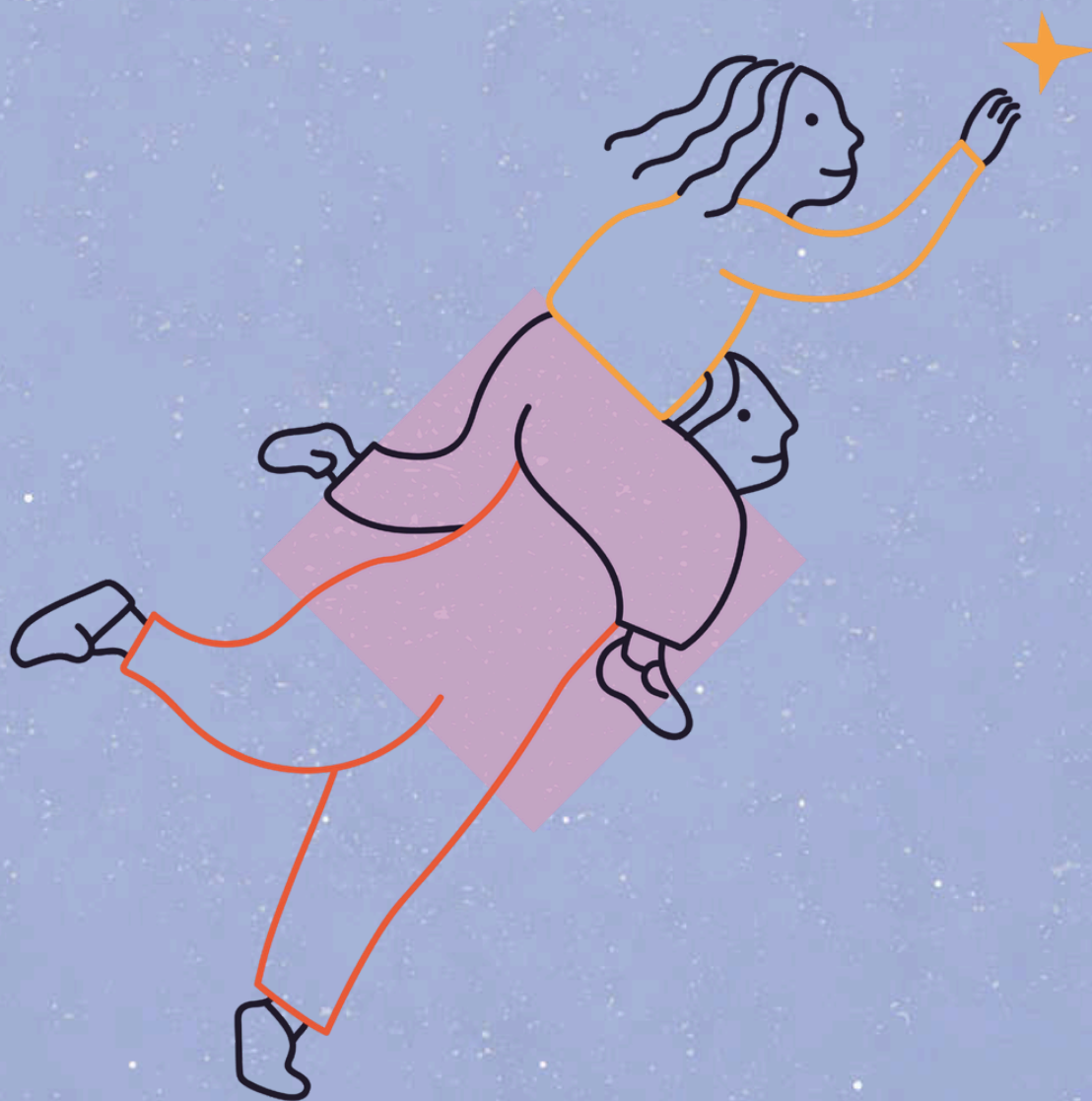
84  
Recuentos de lobas  
Ana Cristina Herreros



102  
Profundamente sola:  
crear desde la lectura  
Beatriz Sanjuán

# Una extravagante bienvenida

Beatriz Sanjuán



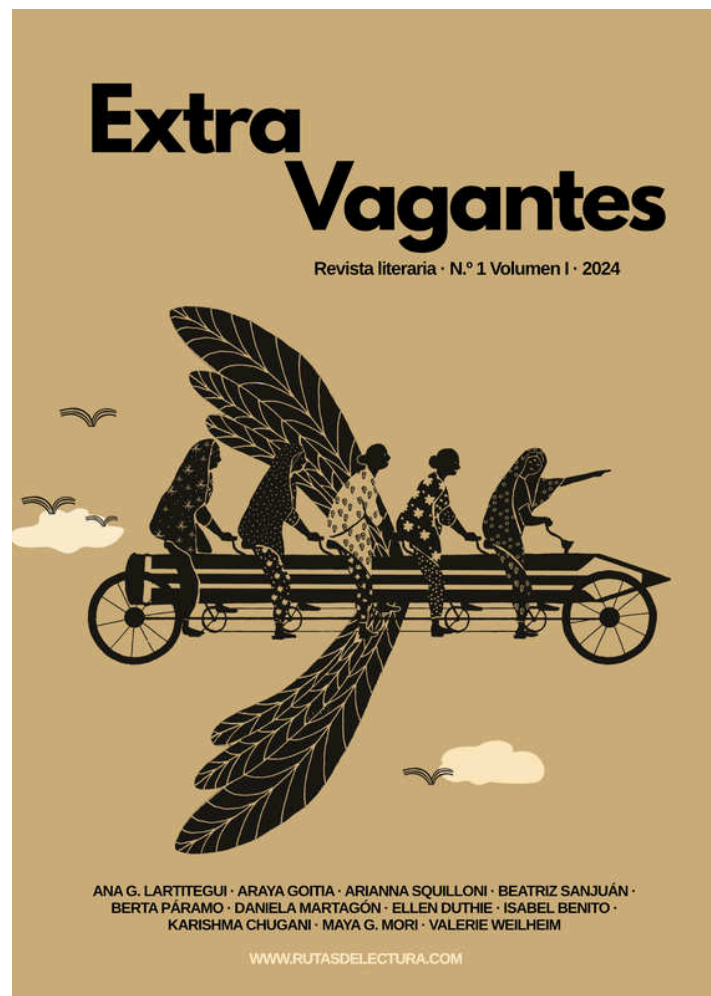
**Extravagantes** nació en 2024 como un encuentro de voces en torno a la lectura y la literatura, especialmente la que atañe a las infancias y a los seres que no han echado el cierre a la curiosidad en sus vidas.

En su empeño de convocar sin someterse a geografías, tomó soporte digital. Diecisiete mujeres protagonizaron su primera exploración, alumbradas por las bellas ilustraciones de **Alicia Varela** para el **Proyecto Ellas Viajan**.



La pregunta, la imagen y la ficción, las profesiones del libro y las maternidades que conviven con ellas fueron algunos de sus temas preferentes. Invitaros a ese contrapunto de letras en buen oficio y libertad de pensamiento es hoy mi primer y genuino placer. En la web [rutasdelectura](http://rutasdelectura.com), es posible descargar la aventura completa, en dos volúmenes que siguen el orden inicial de publicación.

Este es el índice de artículos, para quienes elijan emprender sus propios y excéntricos senderos.





## EXTRAVAGANTES No.1 · VOLUMEN I DE 2024

**Viajar es algo más.**

Beatriz Sanjuán

**El valor de frenar la interpretación: una invitación a leer literatura y arte a través de la pregunta.**

Ellen Duthie

**Diálogos en el arte, ¿un préstamo a fondo perdido?**

Ana G. Lartitegui

**Movimiento y creación: reflexiones y preguntas de una artista inquieta.**

Daniela Martagón

**Entrevista a Araya Goitia Leizaola.**

Valerie Weilheim

**¿A qué me dedico? «Hago libros».**

Berta Páramo

**Querida Celia:**

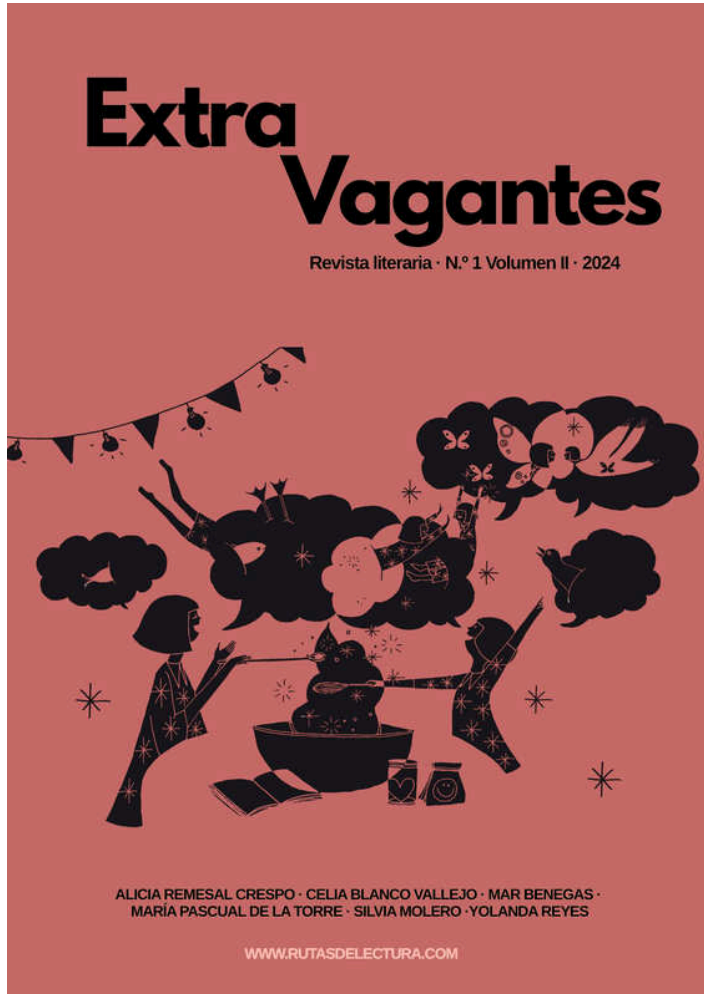
Isabel Benito

**Entrevista a Karishma Chugani Nankani.**

Maya G. Mori

**Sobre la naturaleza de los finales felices.**

Arianna Squilloni



## EXTRAVAGANTES No.1 · VOLUMEN II DE 2024

**La cuna de las emociones.** Yolanda Reyes

**Madre no hay más que una (y a las madres, hay que quererlas).** Celia Blanco Vallejo

**Entrevista a Mar Benegas.** Silvia Molero

**Las raras aristas. Visión de la maternidad a través del álbum ilustrado.** Alicia Remesal Crespo

**Un paseo por el paisaje de la cançó de bressol: «La meua xiqueta és l'ama»** María Pascual de la Torre



2026 nos reúne bajo el título de **Tiempo de Creación**. Ese es el nivel superior de lectura: no el de una supuesta torre de marfil, a la que accede una minoría, sino el que nos permite incorporarnos a la conversación y el retrato compartidos, desde los inicios de la existencia. Creamos para indagar en lo que somos, para dolernos o regocijarnos, para marcar la realidad con las piedras, el aire o la memoria; para permanecer y reencontrarnos. Crear nos faculta para interpretar ese mismo impulso en nuestros semejantes. El bebé recién nacido, desperezándose todavía de su origen acuático, pulsa las cuerdas de todos los instrumentos que descubre en su cuerpo para unirse a la melodía que le regala el nuestro. Selecciona sonidos, símbolos, movimientos; los produce, imita y conserva; los hace suyos y los acopla a la orquesta humana que lo recibe.

Una docena de autoras nos permite asomarnos a su espacio de creación, desde variados ángulos. La ingenuidad y la ironía, la intimidad y la sólida experiencia, la honestidad y la valentía conviven en un caleidoscopio delicioso. Son textos que merece la pena leer y releer, plumas que se permiten jugar sin dejar de ser rigurosas. Y así, con su verbo acogedor, nos revelan tanto que la literatura es camino en común y cotidiano como que transitarlo es un instrumento de futuro.

Os damos, felices, la más extravagante bienvenida.

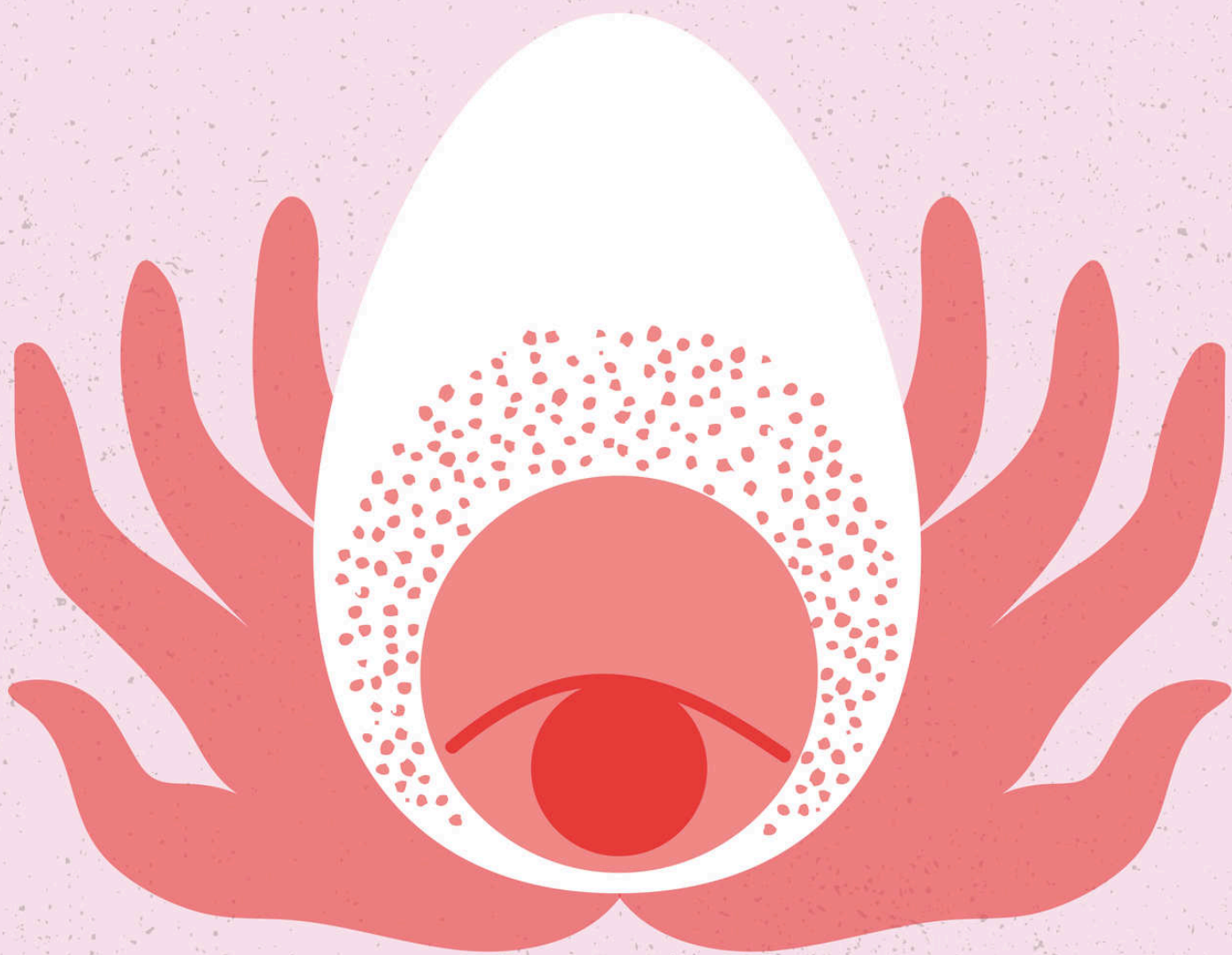


# Beatriz Sanjuán

Licenciada en Filología hispánica (UCM, 1992) y Especialista en Promoción de la Lectura y Literatura infantil (UCLM, 2002). Desde 1994 realiza programas de formación y mediación lectora con bebés, niños y jóvenes, en escuelas y bibliotecas, y coordina cursos y talleres con familias y profesorado. En 2007 crea con este objetivo la empresa VIA LIBRI, activa en la actualidad. Forma parte del **Equipo TresBrujas de Gestión Cultural**, ubicado en Gijón, donde además de actuaciones en los campos ya mencionados realiza labores de edición. Es coautora del programa **«Rutas de lectura»** y autora de *Érase una voz. El primer libro del bebé* y *Hace falta una aldea*. Mediación en los ámbitos escolar y social, investigaciones sobre literatura y primera infancia publicadas respectivamente en Cuadernos Hexágono (2016, Pantalia Ediciones) y CERLALC (2020). Desde 2004 imparte cursos de Formación del Profesorado, ha sido docente en el Máster de Álbum Ilustrado de “i con i” y profesora invitada en las universidades de Santander, Valencia, Zaragoza, São Paulo (Brasil) y Córdoba (Argentina). En 2024 formó parte del **jurado para los premios Bologna Ragazzi**. Desde 2016 trabaja como Profesora Asociada en la Universidad de Oviedo, impartiendo las asignaturas de Didáctica de La Literatura Infantil y Biblioteca Escolar.

# Notas sobre la escritura

María Teresa Andruetto



Todo comienza con ciertos relámpagos de vidas que me llaman la atención porque en algún punto, todavía desconocido, se vinculan con algo muy propio. Después viene un arduo trabajo: lograr que lo que veo se vuelva visible para otros. Lo que me atrae: escenas que presentan un ligero desacomodo, corrimiento de lo habitual, o que contradicen algún preconcepto que hasta entonces yo tenía sobre ciertas cuestiones.



Me atrae sobre todo lo que es apenas un poco extraño o incomprensible, lo extraordinario o lo oscuro que habita en la vida de todos y que sólo con mucha atención, a veces, se deja ver. Hay una frase de Demócrito de Abdera que siempre tengo presente: *todo está hecho de azar y necesidad*, porque si bien el comienzo es azaroso, luego lo que me guía y empecina es la sospecha de que ahí se esconde una verdad personal.

Máxima aspiración:

*Haberse ganado un lugar en el oído del mundo sin cambiar la voz.*

Leopoldo Brizuela citando a Leda Valladares

Nunca escribí historias completamente reales, tampoco puramente imaginadas. Todo lo que hice condensa situaciones que vi o escuché en oportunidades y tiempos diversos y también hay mucho autobiográfico que se filtra, pero nunca como un propósito sino como un vaso que se rompe en mil pedazos cuyas astillas se desparraman sin que pueda quitarlas y a veces ni siquiera reconocerlas.

*Señor, ¿qué es un instrumento? Un instrumento no es la música.*

El señor de Sainte Colombe al Señor Marais en *Todas las mañanas del mundo*, de Pascal Quignard



Ir hacia eso que viene hacia nosotros, esa imagen, esa voz en el oído, entregarse a esa intuición con el intenso deseo de comprender. Ir sin saber hacia dónde, abiertos a lo inesperado del encuentro con ese algo que aún no tiene forma. Temer todas las veces, aunque haya sucedido muchas veces, que la criatura no nazca bien. Saber que, si el temblor no llega, es porque algo no está saliendo bien y tener miedo de ser halagado o consentido por algo que ya hicimos, por algo ajeno a eso tras lo cual estamos. Necesitar de la destreza y el oficio y saber al mismo tiempo que hacerlo de oficio es lo que más nos aleja de lo que deseamos. Aceptar de antemano que nunca nada será del todo como lo hemos deseado, que por grande que sea la entrega y por larga que sea la espera, puede que no sepamos ver o que escuchemos mal o que sea demasiado pronto o demasiado tarde, porque como dice un poema de Rodolfo Godino, *en la pelea con la palabra inhábil, partes del corazón y la verdad se pierden.*

*Crear es creer en lo que hacemos. Poner ojo cabeza  
y corazón en la misma mira*

Henri Cartier-Bresson.

*El arte es una manera de resistir a la tentación de las certezas, dice Byung-Chul Han, pero también se resiste la lengua que no se deja escribir fácilmente y entonces hay que cavar ahí hasta hacerle decir algo que vaya más allá de lo convencional. Cavar una lengua*



propia en el territorio de la lengua oficial. Si después de mucho andar nos acercamos a eso, lo escrito nos descoloca, no parece escrito por nosotros porque, de hecho, lo hemos escrito en parte nosotros, en parte algo que está en nosotros y desconocemos.

El 16 de abril de 1862,

*Sr. Higginson: ¿Está usted demasiado ocupado como para decirme si mi verso está vivo? La mente está tan cerca de sí misma que no puede distinguir con precisión, y no tengo a nadie a quien preguntarle.*

Emily Dickinson

En una película de los años noventa que se titula *Todas las mañanas del mundo*, basada en una nouvelle del francés Pascal Quignard, se narra la relación entre un músico (un violagambista) de la corte de Luis XIV y su maestro. Al cumplir diecisiete años, el violagambista le pide al maestro de la corte, arrasado por la melancolía a raíz de la muerte de su mujer, que sea su mentor. El maestro lo escucha, queda impresionado por su técnica, pero le advierte que su interpretación carece de algo indispensable: alma. Si algo se celebra ahí es la inspiración que deriva del dolor. El alma y la técnica. Porque la belleza, ¿de dónde surge sino de la proximidad con el dolor, de la conciencia de nuestra precariedad? ¿de dónde sino de la posibilidad de percibir ese dolor y esa precariedad en nosotros y en los demás? La flor del loto crece en



en el barro hasta alzarse sobre la superficie para florecer. Y una ostra que no ha sido herida no puede producir perlas, porque las perlas resultan del ingreso de una sustancia hiriente, indeseable frente a la cual ella segrega esa babaza que al endurecerse llamamos nácar.

*No supe que estaba triste hasta que me pidieron que cantara.*

Arnaldo Calveyra

John Berger en su libro (y antes en un programa de la BBC) traducido al castellano como *Modos de ver*, dice que lo importante no es tanto ver, sino cómo vemos, los modos de ver. *Lo que define una época es su modo de mirar*, dice.

*La escritura es el largo camino hacia la propia cosa.*

Clarice Lispector

El resultado de la escritura es siempre de algún modo un fracaso, un fracaso necesario porque sólo en la medida en que fracasemos podemos seguir escribiendo, intentarlo una vez más.

*¿Quieres mejores resultados? Prueba cavando en el mismo sitio.*

Yorgos Seferis



La ficción es un camino desde esa materia cruda que es la vida a lo cocido. En ese proceso de cocción el narrador lo es todo, hasta que no tengo el narrador capaz de narrar eso que busco saber, la escritura no entra en ebullición. La escritura es cocción de ingredientes muy diversos; la gracia está en que no se noten los ingredientes.

*por más que escandalice/ la verdad interior /que traba la lengua/  
y anda por su túnel resistiendo a sí misma/ debe ser descubierta// el  
corazón multiforme/ debe insistir y ser escuchado/ .... / de lo contrario  
solo se alumbra fenómenos de oficio/ ningún animal completo// un  
hombre bajo hechizo/ registrando una revelación personal/ esa es,  
aunque no pueda ser probada, / la ley de lo creado infinitamente  
repetida// sin las cosas no hay poema/ con escrúpulos no hay poema/  
sin artificio no hay poema. //*

Rodolfo Godino en *Para escribir el poema*

Escribimos con un material prestado, porque la lengua no es nuestra, es del pueblo y se construye entre todos. En la oralidad, está el lugar más vital, también el más inestable, más inseguro, más inapresable. Un escritor no es un guardián de la lengua, sino alguien capaz de captar los pequeños desvíos que en el habla de un alguien se producen. Cómo volver verdadera una voz es el desafío. Esa voz social que tarde o temprano regresa, del mismo modo que en los procesos individuales regresa lo reprimido una y



otra vez hasta que se hace un lugar en lo consciente. Las formas del arte que más me interesan son las que nos conectan con esa zona subterránea. Un individuo que, yendo hacia sí mismo, logra extraer algo de la voz social en la que está inserto. Por eso en los mejores momentos de los mejores escritores, quien habla por ellos es una sociedad.

*yo soy escritor solo cuando escribo, el resto del tiempo  
me pierdo entre la gente*

Haroldo Conti

No se escribe sin una cierta necesidad. Si no hay necesidad, lo mejor es no hacerlo, porque no es sin miedo que se entra en estado de escritura. *Un creador no hace más que aquello de lo que tiene absolutamente necesidad*, dice Gilles Deleuze. *Por supuesto, a veces uno no tiene nada que decir*. Y a veces, aunque se tenga algo que decir, uno no sabe cómo decirlo (Agota Kristof). No siento angustia si no escribo, ni ante la página en blanco. Nada de eso. A veces paso mucho tiempo sin escribir una línea (me refiero a la escritura propiamente dicha, no a conferencias, prólogos, respuestas a preguntas, cosas que para mí tienen que ver con el trabajo), ese recreo que llamaría la escritura propiamente dicha tiene un lugar incierto y no sucede todo el tiempo. Yo no la fuerzo. Nunca quise que pasara por el deber. Me llevaría a un lugar que no es el que me gusta para la escritura.



*Escribo para mí, para sentir mi alma hablando y cantando, a veces  
llorando...* Clarice Lispector

La imaginación es un vuelo que nunca se aleja del todo de la experiencia. *Cada uno de nosotros tiene un arco de sensibilidad más allá del cual nada existe*, dijo Wallace Stevens y esa sensibilidad está dada por la capacidad de dejarse atravesar por lo vivido... Wallace Stevens dijo también que Lo real sólo es la base. Pero es la base. Yo creo eso.

*Todo lo que escribimos debe poder verse*  
Antón Chéjov

¿Cómo recuperar *la lengua que se hablan las mujeres cuando nadie las escucha para corregirlas?* (Hélène Cixous). Creo que una escritora tiene que aprender a rescatar a la madre (literaria y real). No sé si mis mujeres están liberadas, ni si les interesa serlo. Algunas se liberan, otras se quedan a medio camino, otras mueren sometidas. Tampoco creo que, en la vida cotidiana, todos nuestros actos sean actos liberadores, siempre hay mucha complejidad, tensiones entre las condiciones de vida y el deseo. Siempre hay una negociación entre las pasiones y las condiciones, entre las pulsiones y el contexto. *Hacen falta muchos hombres para hacer a un hombre*, dijo Eugenio Montale. Nadie se hace solo. Todo escritor se coloca en un punto entre la tradición y la vanguardia y



una mujer que escribe está hecha (lo sepa o no) también de la tradición de escritura de otras mujeres. Pero atentas a que *la tradición no es la adoración de las cenizas, sino la preservación del fuego* (Gustav Mahler)

*Ya no volveré a oír su voz.*

*Es ella, con sus palabras, sus manos, sus gestos, su manera de reír y de caminar, la que unía a la mujer que soy con la niña que fui.*

*Perdí el último nexo con el mundo del que salí*

Annie Ernaux, *Una mujer*

Lo que se exhibe sin velos, es pornográfico. La pornografía va directo al asunto, no conoce distracción. Por eso, según San Agustín, Dios oscurecía las sagradas escrituras con metáforas, para convertirlas en objeto de deseo y hacer de la lectura un acto amoroso. Donde no hay repliegue sólo quedan imágenes domesticadas y esa domesticación de la lengua hace desaparecer su locura, desactiva su ambivalencia, su misterio, la multiplicidad de sus significaciones. Así la lengua se ve privada de su verdad. Lo más difícil es conservar un resto de no dicho, al mismo tiempo velar y develar, *sostener el no todo se va a narrar aquí*, lograr con palabras un no decir, porque escribir es saber y no saber hacia dónde iremos. Es requisito también no enamorarse de lo que uno hace, porque la fascinación obtura ese no saber y un escritor necesita no saber. Se trata, entonces, de soportar ese no saber y



servirse de él. La actriz Cristina Banegas me dijo cierta vez que su maestro de teatro le decía *vaciate de vos para que el inconsciente te tire un hueso*. Vaciararse de uno para poder mirar desde el ángulo de otro.

*no hay experiencia que capture el rayo, pero el que vio la luz nunca la olvida.*

Eugenio Montale

Un temblor, ese decir las cosas como si no se las supiera del todo, ese ir tanteando en la espesura. Que la lengua no abandone el habla, que no se deje domesticar. Y esa incitación a vivir atentos, porque lo que llamamos humildad es atención, podríamos decir recordando a Simone Weil, la atención como una forma de amor que hace que las cosas adquieran luz. Atención al objeto y a la música del habla. Un llamado a la plena conciencia del instante. Aun así, en cada historia o en cada poema *llega un punto en el que ya no puedo ver más allá. Odio ese punto. Es por lo que llaman ciegos a los escritores* (Anne Carson).

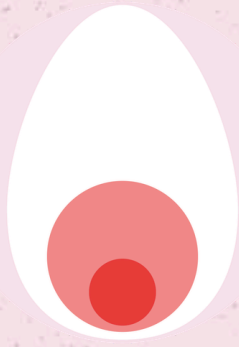


*Trabajo en lo visible y lo cercano  
-y no lo creas fácil-.  
No quisiera ir más lejos. Todo esto  
que palpo y veo  
junto a mí, hora a hora  
es rebelde y resiste.*

*Para su vivo peso  
demasiado livianas se me hacen las palabras.*

Circe Maia





# María Teresa Andruetto

(Arroyo Cabral, Córdoba, Argentina, 1954) es una de las voces fundamentales de la literatura argentina contemporánea. Licenciada en Letras Modernas por la Universidad Nacional de Córdoba, ha desarrollado una obra amplia que cruza la narrativa, la poesía, el ensayo, el teatro y la literatura para niños y jóvenes, con una escritura atenta a la memoria, la identidad, las marcas de la dictadura, el universo temenino y las formas de la oralidad. Autora de libros como *Stefano*, *Lengua madre*, *La mujer en cuestión*, *Hacia una literatura sin adjetivos* y *La lectura, otra revolución*, fue la primera escritora argentina y en lengua española en recibir el **Premio Hans Christian Andersen**, en 2012; también obtuvo el **Premio Iberoamericano SM de Literatura Infantil y Juvenil**, el Konex de Platino y, más recientemente, el **Gran Premio de Honor de la SADE 2025** por su trayectoria. Su obra ha sido traducida a diversas lenguas y continúa siendo una referencia central para pensar la literatura, la infancia, la lectura y la construcción de memoria en América Latina.

# Entrevista a Pato Pereyra

Por Freddy Gonçalves Da Silva







**Quiero empezar con un detalle curioso de tu biografía. Eres conocida como bióloga, docente de instituto y universidad, bloguera y mediadora, pero además sumas otras identidades: madre, lectora, aprendiz. Reúnes varios adjetivos llenos de posibilidades. ¿En qué momento sentiste que todas esas identidades no competían entre sí, sino que podían aportar a una misma forma de crear?**

Me costó mucho llegar a hacer ese clic, porque vengo de una formación científica muy estructurada. Al menos en el momento en que hice la carrera; quizás ahora cambió mucho. Allí te preparan para un recorrido muy estricto, que requiere muchos pasos: vos te formás y tenés que trabajar de eso para lo que te formaste. Pero vivo en un país donde la ciencia no es una prioridad, y pasé por muchas crisis con respecto a eso. Para mí fue un duelo tener que abandonar la ciencia, porque es algo que me fascina.

Cuando empecé a trabajar en esto, yo no era mediadora ni narradora. Tuve que ir cambiando mi cabeza. Por eso, en mi recorrido, suelo empezar diciendo que soy bióloga, porque cuando lo sostengo y lo uno a mi especialización en literatura



infantil y juvenil, me parece que habilito una posibilidad que no está dentro de las cabezas «normales». Siempre me lo preguntan y se me quedan mirando.

Acá en Argentina, el concepto de mediador de lectura no es muy conocido. No se conoce ni la promoción lectora, ni la mediación lectora, ni la gestión cultural, al menos en el ámbito escolar. Si uno lo dice, no lo reconocen siquiera. Entonces, a mí me pareció muy valioso poder juntar esas dos cosas.

Soy bióloga, pero me dedico a la literatura infantil y juvenil y a la mediación. Estoy cruzando dos aguas diferentes, caminando por el margen de la carretera para unir dos caminos. Cuando lo digo, siento que también habilito a otras personas a no ser únicamente aquello para lo que se formaron, sino aquello que construyeron. No fue fácil decirlo. Durante un tiempo me daba vergüenza, sobre todo en el ámbito de mis compañeros universitarios, de la ciencia o de quienes me conocían en la universidad. Parecía que había categorías: como si una estuviera en algo menor, trabajando en la escuela. «¿Qué estás haciendo», me preguntaban.

Pero en algún momento entendí que, al mezclar arte y ciencia, también les permitía a otras personas mezclar arte y ciencia. En este recorrido he encontrado a varias que saltaron esa valla divisoria, ensancharon su camino o caminan por los márgenes.



Entonces nos vamos reconociendo.

Creo que eso empezó a suceder cuando fui haciendo mi propio recorrido, cuando la gente empezó a conocerme y a decir: «Ah, vos sos la bióloga que trabaja con libros». Como si ese camino de sembrar miguitas, de pronto, diera cuenta de una trayectoria.

Un momento iluminador fue cuando vos estuviste en el laboratorio de Emilia, en ese seminario con un grupo de jóvenes. Una de las chicas estudiaba una carrera de ciencias y se dedicaba también a la literatura. Me acuerdo mucho de ese recorrido, porque considero que cualquiera puede ser mediador de lectura y que leer es un derecho. Entonces todos tenemos que tratar de garantizar ese derecho. Pienso que cuanto más democratizo mis saberes, más posibilidades hay de que otra persona se motive a intentarlo en su entorno. A veces el tema no son los recursos, porque acá no tenemos recursos. El tema son las ideas. Yo creo que los recursos siempre llegan; lo importante es generar ideas y voluntades. Cuando empecé, lo hice así: «Mirá, nosotros hicimos esto. Vos también lo podés hacer o podés intentarlo».

**Inspirada en la observación científica, tu blog recoge registros de los procesos por los que pasan tus proyectos de mediación.**



**Y es muy difícil hablar de determinadas experiencias sin exponer al otro. Para mí siempre ha sido un problema: llevo registros personales, pero me da pudor compartirllos. No digo que tú expongas a los jóvenes; al contrario, creo que has sabido matizar esos procesos. ¿Cómo piensas ese equilibrio entre registrar, compartir y cuidar?**

Al principio quizás contaba más. Después fui volviéndome más cuidadosa con la información y con los datos. Si hablo de mis adolescentes, les pregunto. Ellos saben que tengo un Instagram y un blog. No todos, pero algunos sí. Entonces, a veces les pregunto: «¿Puedo contar esto?».

Tengo alumnas que me siguen en Instagram. Trato de que no sea mientras son mis alumnas, porque tienen apenas 14 años. Pero después me van siguiendo. El otro día, una alumna que ya no lo es me dijo: «Pato, vos no hablás de nosotros en tu Instagram. Tenés que hablar». Trato de pedir permiso. Ahora voy a presentar en Jitanjáfora, en Mar del Plata, un trabajo que hice en el aula. Vamos a hablar de una experiencia muy linda que surgió allí y que vengo haciendo hace años. Se llama *El libro de mi vida*. En ella, los chicos



cuentan parte de su vida desde un punto de vista biológico, porque lo usé para la materia de biología, pero también literario, artístico y creativo.

Hicimos un concurso, hubo premios y una curaduría externa. Les pedí a las chicas que ganaron si me permitían hablar de eso y si me prestaban sus libros de vida para mostrarlos. No digo que lo tenga perfectamente manejado, porque a veces me dejo llevar por el entusiasmo, pero trato de cuidarlo.

**Has pasado por un proceso de formación muy autodidacta alrededor de la mediación. Cuando decides saltar esa barrera de la ciencia, también aparece una idea con la que estoy muy de acuerdo: cualquier persona puede ser mediadora. Sin embargo, creo que debe existir un proceso de formación para esa mediación. ¿Cómo te sientes hoy respecto a la formación y la profesionalización del mediador?**

**Y, unido a eso, me interesa tu árbol genealógico de la mediación. En ese**



## **proceso de autodidactismo, citas a muchas autoras argentinas y latinoamericanas valiosas. ¿Quiénes han formado a Pato?**

Aunque me formé de manera autodidacta, siento que tengo una formación bastante profesional, porque intenté aprender todo el tiempo. Eso es algo que asumí en la carrera: aprender a aprender. Las ciencias exactas te enseñan eso, porque tenés que actualizarte constantemente. La ciencia no es siempre la misma.

Me formé muchísimo y siempre ejercí ese aprendizaje. Por eso te conozco, por eso conozco a mucha gente de España y de Latinoamérica. Nunca me quedé quieta en un espacio; siempre fui moviéndome y ampliando mi territorio. Cuantas más experiencias, mejor: experiencias de aprendizaje y experiencias en territorio de mediación.

Yo empecé la mediación con una especialización en lectura, escritura y educación de FLACSO, acá en Argentina. Era una formación de dos años. Yo ya venía con la intriga por la lectura, que me interesaba muchísimo. Allí una de las primeras ramas de mi árbol genealógico fue Michèle Petit.

Leí a Michèle Petit y dije: «Ah, esto existe. Hay alguien que se dedica a esto. Yo quiero esto. Esto realmente me interesa». A



partir de ahí, fue una de mis guías. Por eso mi blog se llama *Leyendo el mundo* y mi Instagram, *Pato leyendo el mundo*.

En mi árbol genealógico siempre intenté formarme con personas que fueran especialistas en el tema, y tuve muchísima suerte. Me recibieron siendo yo una persona curiosa que venía de otro palo. Cuando quise trabajar con bebés, fui a hablar con Yolanda Reyes y Yolanda me dijo: «Vení a Espantapájaros». Allí hice una formación.

Después tuve la suerte, en Argentina, de formarme en ilustración y libro álbum con Mónica Weiss, que me guió. También María Emilia López siempre me abrió las puertas. María Teresa Andruetto fue una de las primeras personas a las que recurrí cuando quise dedicarme a la mediación desde el blog, y ella siempre me acompañó.

En España conocí a Mar Benegas en un curso, y también me abrió sus puertas. Pude viajar al Jaleo y conocer a otras personas. También reconozco que, cuando empecé a trabajar con adolescentes, te busqué, leí todo lo que hacías, y ese curso que hice de club de lecturas buscaba esa habilitación. Reconozco que necesito que me habiliten para después activarme.

También Sergio Andricaín me dio muchas pistas. Son personas que reúnen saberes y generosidad. Yo intento replicar eso. Siento



que, en cada una de las áreas en las que quise formarme, alguien me tomó de la mano y me enseñó el camino. Y ese alguien, en general, fue una persona que me recibió con amorosidad y hospitalidad, que no se impuso y respetó mi propio proceso profesional.

Por eso la formación es algo en lo que insisto mucho en mis cursos, talleres y en el blog. Comparto material porque creo que hay que formarse. Y, por otro lado, también hay que profesionalizar. Si no, quedamos sujetos a las voluntades.

En mi experiencia, el voluntariado funciona hasta cierto punto. Muchos de los proyectos que traje fueron voluntarios y, en algún momento, caen o las personas se dedican a otra cosa. Más en países como el nuestro, donde nada sobra; o, en realidad, donde todo falta.

Creo que hay que profesionalizarse como mediador. Justamente el otro día hablaba de esto con Fanuel Hanán Díaz, en una conversación sobre los conflictos, las dificultades y las preguntas que nos hacemos quienes mediamos. Para mí, la profesionalización es lo primero.

Porque si vos no tenés tiempo para dedicarle a la profesión, y más hoy que el tiempo vale mucho, no lo podés hacer. Los recursos



pueden llegar: alguien dona, alguien ayuda, alguien colabora. Pero si no hay tiempo para pensar, sostener y cuidar los procesos, todo queda en manos de la voluntad.

En Latinoamérica no está profesionalizado, salvo en algunos espacios. Sé que en Colombia hay experiencias, y que en Chile hay bastante apoyo del Estado, pero no es una profesionalización asumida como necesaria. Para mí es indispensable.

**Primero gracias, y no es falsa modestia, por incluirme en esa lista en la que estoy rodeado de gente que también es fundacional para mi formación. Sin embargo, quería insistir en lo voluntario. Pues eso me lleva irremediablemente a preguntarte por tu relación con los fanzines. Hay mucho de voluntad en su creación. Sé que te gusta, en algún momento te leí decir algo así como que el fanzine *era una creación en la palma de la mano*, y esa imagen se me quedó. ¿Qué tiene el fanzine como formato que puede incomodar, activar o liberar ideas en la escuela o en la universidad?**



El fanzine tiene algo muy poderoso porque es accesible y porque permite producir con lo que hay. No exige solemnidad. Se puede hacer con una hoja, con una fotocopia, con una imagen, con una frase. Eso, en la escuela, es muy importante, porque muchas veces parece que para crear necesitamos grandes recursos o grandes permisos.

A mí me interesa mucho esa posibilidad de hacer circular una idea de forma pequeña, artesanal, casi inmediata. El fanzine permite que alguien diga algo, lo arme, lo pliegue, lo comparta. Tiene una dimensión muy concreta: pasa de mano en mano. Por eso me gusta pensarlo como algo que cabe en la palma de la mano, pero que puede abrir una conversación enorme.

En el aula, además, permite cruzar lenguajes. Puede haber texto, imagen, collage, humor, ciencia, memoria, poesía. Puede ser individual o colectivo. Y también incomoda porque no siempre responde a los formatos escolares tradicionales. No tiene que parecer un «trabajo práctico» prolijo para tener potencia. A veces, justamente, su potencia está en esa mezcla, en esa libertad y en esa forma de tomar la palabra.

Foto: Rosario Maydanski





## **Antes mencionabas *El libro de mi vida*, ese proyecto donde cruzas biología, literatura y creación. ¿Cómo funciona esa experiencia en el aula?**

Lo empecé hace varios años porque enseñar determinados conceptos de genética puede ser muy difícil. Explicar el fenotipo, por ejemplo, que es algo abstracto, y diferenciarlo del genotipo, no siempre resulta sencillo.

Entonces les pido que tomen una foto de cuando eran muy pequeños, que la describan y que después digan cuánto han cambiado. Eso es el fenotipo: lo que cambia. Cuando hacen ese ejercicio, ya no me resulta tan difícil iniciarlos en esa palabra. Veo que mejora su aprendizaje.

También hay algo que quizás sea obvio: yo tengo que explicar por qué hago cada cosa. Tengo que justificarme.

## **¿Justificarte contigo o con el resto?**

Con el resto; con la escuela, con el entorno. Tengo que justificar lo que estoy haciendo. Me han pasado situaciones muy violentas.



«¿Qué es esa profe que lleva libros?». Incluso en el colegio algunos se confunden y piensan que soy de literatura. Algunos alumnos me dicen: «Vos tendrías que ser la profe de literatura». Y yo les respondo: «No, soy la profe de biología».

Entonces tengo que justificarme. Por eso hay un marco. Me gusta mucho trabajar cruzando las dos cosas. También hago un proyecto de fotos que me parece muy hermoso, *Mirar el mundo*. Me permite descubrir esas miradas, esa sensibilidad artística que es tan necesaria.

**Lo conozco. *Mirar el mundo* es el proyecto en el que invitas a fotografiar seres vivos para aprender a observarlos de otra manera. A partir de ahí, quería preguntarte: ¿crees que los procesos de creación empiezan incluso antes de escribir o de leer? ¿Hay, primero, una educación de la mirada?**

Para mí la primera educación es mirar. Detenerse y observar. Para ser artista o científica tengo que detenerme y mirar, y eso a veces nos cuesta.



Sacar fotos o mirar imágenes también es leer, de alguna manera. A eso me refiero con leer el mundo. Por eso tomé ese nombre para el blog. Para mí fue un descubrimiento. El primer libro que encontré de Michèle Petit no fue *Leer el mundo*, sino uno sobre adolescentes, lo público y lo privado. Pero cuando llegó *Leer el mundo* encontré esa idea: uno lee al otro, lee a la otra persona, lee lo que hace, lee su cultura.

Para mí leer es un poco eso. Yo digo que leo a mis alumnos cuando entran al aula. Entro y, por su postura, por su mirada, por lo que están haciendo, identifico enseguida qué tengo que ofrecerles.

En mi caso, todo viene relacionado. Empecé leyendo imágenes; después empecé a leer palabras y más tarde a escribirlas. No fue todo al mismo tiempo.

**¿Ha cambiado tu manera de entender esa frase, leer el mundo? Si miras hacia atrás, hacia ese momento en que sentiste que esa idea recogía algo de lo que eras o de lo que querías transmitir, ¿la piensas igual ahora? ¿O el tiempo, el país y las**



## **condiciones de trabajo han modificado ese sentido?**

Cuando hablo de leer, y cuando estoy implicada en un proyecto de mediación, trato de pensar la lectura de forma amplia. No solo como lectura académica. En el ámbito educativo, muchas veces la lectura se reduce a la lectura de los grafismos y a ese aprendizaje formal. Yo creo que, para abrir posibilidades, hay que decir que leemos de distintas maneras. Leer no es necesariamente leer letras impresas en una página.

Eso es lo que hago en la mediación: abrir en vez de cerrar.

Hace muchos años llegué a una escuela con libros para trabajar en la biblioteca. Me recibió una nena gritando: «No me gusta leer». Lo decía como preguntándome qué hacía ahí. Tenía unos siete años. Cuando me acerqué, entendí que en realidad quería decir: «No sé leer. Me cuesta leer».

Si yo no amplío la mirada, alejo a un montón de personas: niños, niñas, adolescentes y adultos. Al principio, cuando trabajaba en la universidad con personas adultas, algunas de 60 años o más, también escuchaba a mediadores decir: «Si no aprendió a leer en la escuela, ya está. No le va a gustar leer». Yo niego eso absolutamente.



Trabajo con adultos, con ancianos, con poblaciones vulnerables. Si alguien te dice «me cuesta esto», podés acercarle un libro ilustrado, un cómic, un corto. A esa niña que me decía que no le gustaba leer le mostré un libro de Virginia Piñón y María Cristina Ramos que tenía un sapo en la tapa, y le encantó. Lo agarró y lo primero que hizo fue intentar leerlo sin que yo le dijera nada. Iba empujando las palabras con su dedito, porque le costaba. Iba deletreando, y ya estaba en tercer grado. Yo no le dije que tenía que leer. Le dije: «Mirá, te traje esto, ¿te gusta?».

Sigo pensando que leer el mundo es leer distintas posibilidades. Cuando les hago sacar una foto, también están leyendo una situación, un momento. Si eso después nos lleva a escribir algo o a conectar con otra lectura, mejor. Pero primero es una puerta de entrada.

El final de esa historia es que dos años después me encontré a esa chica en el *Picnic de Palabras* que hacía en la plaza. Me recibió gritando «hola, hola», porque me conocía de la escuela. Yo le había perdido el rastro. Ella empezó a ayudarme, agarró una tiza y escribió en los senderos de la plaza: «Vengan a leer. Leer es importante». Iba invitando a otros chicos a acercarse a la lectura. Para mí va por ahí.



**Quería preguntarte por una frase que escribiste sobre tu paso por Espantapájaros. Decías que tuviste que *abandonar tu altura para arrodillarte y estar al lado de los niños*. En tu caso es muy interesante, porque trabajas con escuela, universidad, ferias y públicos muy distintos. ¿Qué transformación corporal exige la mediación? ¿Crear con otros implica, literalmente, cambiar la postura?**

La flexibilidad es una condición. Tenés que ser flexible y aprender de lo que el otro te ofrece. Estar disponible para esa generosidad del otro, para lo que muestra de sus necesidades.

Con adolescentes me parece importante estar a su altura y estar disponible. También insisto mucho en el compromiso. Todo el tiempo les recuerdo que yo me estoy comprometiendo, que estoy poniendo todo de mi parte, que intento escucharlos. Les pido que me cuenten por dónde van. Y entonces obtengo algo parecido del otro lado.

No genero compromiso siendo una persona descuidada, sino siendo una persona comprometida. Ayer unas chicas me decían:



«Vos nos mimás en el club de lectura». Sí, porque me parece importante que, si vinieron hasta acá, reciban algo. Eso vale tanto para mi labor docente como para mi labor de mediadora: dar para recibir. Es un toma y daca. Yo voy, recibo, y así vamos estableciendo un vínculo.

Con los adolescentes los vínculos son muy importantes. Los necesitan. Muchas veces están muy en solitario; las figuras adultas no los escuchan o no están disponibles. Por eso creo que la presencia es clave.

Otra cosa que me funciona muy bien es el juego: divertirme con ellos, cambiar la perspectiva, pensar actividades donde lo lúdico esté presente. Y después, dejarse enseñar. Yo no sé de manga, no sé de anime, no sé de música. Entonces les digo: «Muéstrenme qué tendría que escuchar, qué tendría que saber». Escucho eso y después intento incorporarlo. Dejo que ellos sean quienes me enseñen.

**En todo lo que cuentas aparece también la perseverancia. Crear, sostener un proyecto, insistir en una forma de mediación, implica volver una y otra vez.**



La perseverancia es todo. Si no fuera perseverante, no existiría este recorrido. En este país y en este contexto no hay posibilidad si no sos perseverante, porque las cosas no funcionan a la primera. Tenés que intentar muchas veces y cambiar mucho sobre la marcha.

La perseverancia es absolutamente necesaria. Creo que eso es lo que me hizo seguir: ser perseverante. Tuve muchos fracasos, muchas puertas cerradas y muchos dolores en el camino.

**Has escrito también sobre memoria, dictadura e identidad. ¿Cómo se crea una clase cuando el contenido es doloroso? ¿Has tenido que hablar de estos temas con tus estudiantes?**

Hablo todo el tiempo con ellos. No sé si vos sabés, pero mi papá estuvo detenido durante la dictadura. Después se exilió a Roma y luego a Milán. Se suicidó en el extranjero. Yo nunca lo volví a ver. Me enteré de que se había suicidado cuando tenía unos 25 años.

Nunca supe qué le pasó ni por qué estuvo detenido. En ese momento yo era chica y la forma de resguardo era no contar nada. Yo no sabía nada porque no tenía que contar nada. La mamá que me crió nunca me explicó nada. Todo era oculto.



La relación con mi padre, que se fue cuando yo tenía más o menos cinco años, existe solo a través de las cartas. Lo único que tengo de él son unas cartas que me escribía. No lo conocí más que a través de esa escritura, que era muy amorosa y muy lúdica para una niña que recibía cartas y no entendía nada.

No tengo recuerdos, no tengo historias. Tengo una pérdida. Me costó mucho decir esto, porque durante mucho tiempo lo tuve que ocultar y se me hizo costumbre. No fue hasta que empecé con la mediación que empecé a darme cuenta. Muchas personas que me conocen de la infancia o de la adolescencia no sabían que tenía un padre. La mediación también me permitió redescubrirme. Por eso hablo de estos temas. Quiero hablar de temas duros, porque a mí nunca me dijeron de la muerte de mi padre. Me lo contaron varios años después. Nunca me dijeron que se había suicidado; me enteré de casualidad. La dictadura, la muerte y todo lo que ocurre alrededor de eso me interesa hablarlo.

Acá, el 24 de marzo es el Día de la Memoria, la Verdad y la Justicia. Ese día llevo literatura al aula y hablo desde una mirada más personal. Les llevo las cartas de mi papá, se las muestro, leo con ellos. A veces leemos *El mar y la serpiente*, *La composición*, *Mañana viene mi tío*, o hablamos de *Niños*, de María José Ferrada.

En nuestro país, y más en este contexto, aparece mucho la idea de



que eso no ocurrió, o que «algo habrán hecho». Los chicos que tengo, de 14 años, están muy alejados de esa historia. Si los adultos no se la contamos, no la viven en presente. No saben qué fue la dictadura ni qué significaba vivir en ese momento.

Eso me abre dos posibilidades: primero, la conversación, que es lo que intento establecer siempre en las aulas y en los espacios. Segundo, traer al presente algo que quedó en el pasado, desde una experiencia personal y desde la literatura. La literatura da otra cosa.

Este año leí *Mañana viene mi tío* con los profes de literatura. Cuando terminé, se hizo un silencio. Algunos aplaudieron y otros empezaron a hablar. Yo no tuve que hacer casi nada.

Cuando cuento mi historia, también me abro como mediadora y como docente. A algunas personas quizá no les parezca, pero a mí me parece importante, porque habilita la sensibilidad. Todos tenemos sufrimientos y posibilidades de ser sensibles. Si yo me abro, también habilito que ellos hablen desde su sensibilidad.

En ese contexto planteo las cosas desde la literatura, porque la literatura habla desde la sensibilidad. Si entrara desde un texto informativo, desde los números o desde los datos, estaría entrando por otro lado. Yo quiero entrar desde lo sensible y que la



memoria sea un espacio vivo.

También quiero dejarles claro que las víctimas de la dictadura siguen estando. Toda esa historia que perdí y que no puedo recuperar todavía me duele. Yo tenía cinco años y no era mi culpa que mi padre tuviera que irse y nunca más volver. Ese sufrimiento de criarme en una casa sin familia, con ocultamientos, dolor y silencio, también es una consecuencia de la dictadura. Cuando alguien dice «algo habrán hecho», yo pienso: yo no había hecho nada.

Me pasa que me emociono y lloro en el aula. Es normal. También normalizo eso. Me emociono muchas veces al hablar con mis estudiantes, con adolescentes o con niños. Me emociono muy fácil con algo que me dicen o hacen. Creo que mostrar la emoción es algo que no suele hacerse, como si estuviera mal. A mí también me costó asumir que no está mal. Es parte de una.

**Gracias por compartir este relato tan íntimo. Creo que abrirse también es una decisión propia. Entiendo cuando un mediador es cauto con sus emociones frente al otro, pero me siento más cerca de tu forma de estar. Ellos también se están**



**abriendo ante ti. Abrirse puede ser una forma de retribuir ese espacio de confianza; no solo de construir en colectivo o de darle dignidad a la memoria histórica, sino también de construir sentido comunitario.**

A esta altura no me da miedo exponerme. Me expongo porque en el blog también cuento esto, porque se lo cuento a mis estudiantes y porque considero que es importante. Lo hemos callado tanto y veo tanto silencio que por eso lo cuento.

Quizás el límite no sea el tiempo real, sino el tiempo que una le dedica. Pero te agradezco esto. Es un placer para mí esta charla y tener tu trabajo como guía. Cuando voy al club de los martes, me acuerdo de algunas cosas que vos me decías en clases y, a su vez, voy sumando otras.

Yo te hablaba de *Para encontrar el tigre*, de Gustavo Roldán, porque es un texto que habla de cómo llegan los chicos a la lectura. Me gustaba esa idea del tigre y también la del yaguareté: pensar el club como un lugar donde cada quien puede encontrarse con la lectura a su modo, en su propio espacio-tiempo.



Acompañar también es eso: no llevar a nadie de la mano hasta donde una quiere, sino preparar las condiciones para que algo aparezca. **Y una, en ese recorrido, también aprende a mirar de nuevo.**

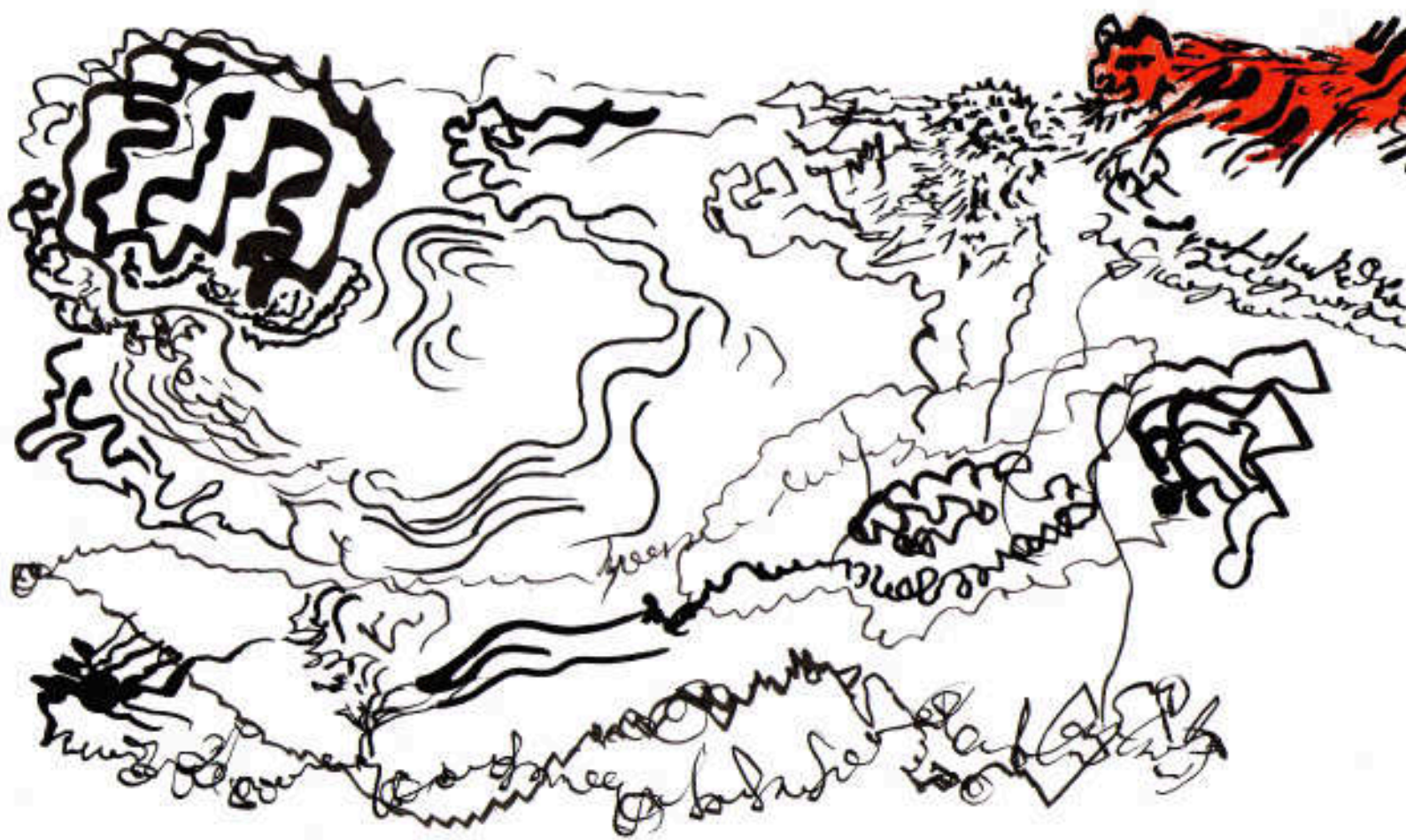


Imagen de Gustavo Roldán en *Para encontrar un tigre. La aventura de leer* (Comunicarte, 2011)

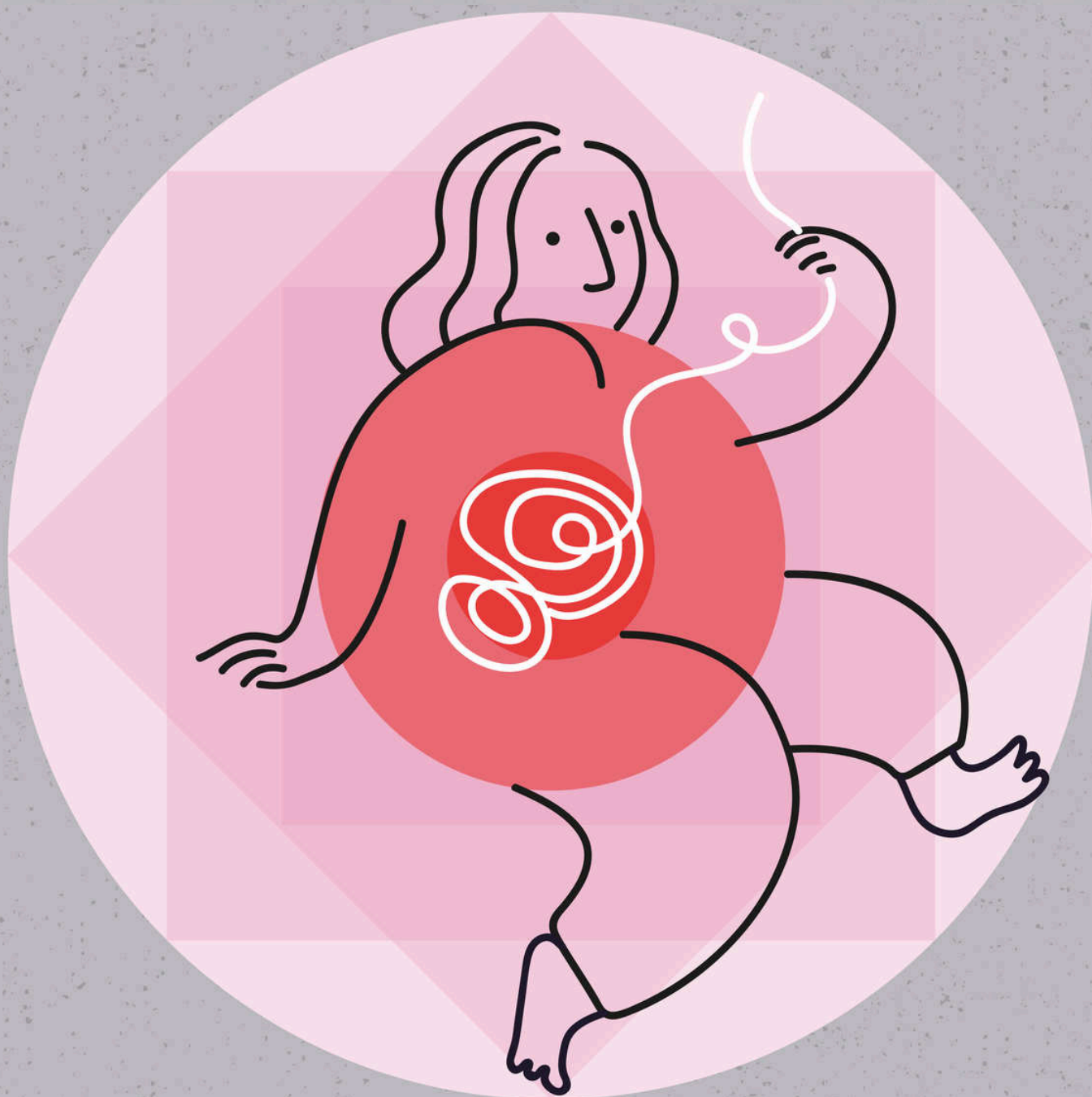




es mediador de lectura, investigador, escritor y especialista en literatura infantil y juvenil. Es creador de **PezLinterna**, proyecto nominado en 2024 al premio IBBY-Asahi a la Promoción Lectora, autor del ensayo *La nostalgia del vacío: la lectura como espacio de pertenencia en los adolescentes* y coeditor de *Los jóvenes tienen voz*. Ha impartido clases en el Máster propio en Lectura, libros y lectores infantiles y juveniles de la Universidad de Zaragoza y en el Máster en Mediación de Lectura de la Universidad Veracruzana, en México. En 2025 coordinó para OEI y CERLALC el estudio **Prácticas y percepciones de lectura en adolescentes y jóvenes en Iberoamérica**. Dinamiza a clubes de lectura con jóvenes y desarrolla proyectos vinculados a bibliotecas, mediación lectora y derechos culturales. Diseñó y llevó a cabo las primeras jornadas de jóvenes y mediación: **Ya nadie lee**. Coeditor junto a Beatriz Sanjuán de **Extravagantes**.

# Intimidad y creación, un binomio virtuoso

Sara Bertrand







Personalmente, siento una mezcla de respeto y aprensión por esas niñas que sobrevivieron. Lo curioso es que no me he hecho preguntas sobre esa infancia más allá del horror que descubro detrás de la sombra del recuerdo. Digo, mis preguntas no están dirigidas a la niña que reclama el pedazo de infancia arrebatada, esa edad feliz que tantos recuerdan, mis preguntas se encaminan al pasado hostil y al presente continuo. En fin. Como decía, me fui de casa dos veces y las dos vi asomarse a mi mamá para llamarme a comer, un gesto cotidiano y ausente. Ella no sabía qué tipo de preguntas profanaban la cabeza de su hija adolescente, tampoco sobre la rabia que se iba ramificando como la maleza que crecía en el tronco del árbol de la calle y lo hacía parecer un enorme macetero de hojas y flores. Mi madre me llamaba y desaparecía detrás de la puerta de la cocina. Eso era todo. En mis fantasías de huida, el árbol refugio se convertía en mi casa y bajaba únicamente para entrar por la misma puerta de la cocina, robar algunas viandas y desaparecer. Quería escribir, leer, espiar a los vecinos, mirar por entre las ramas y descubrir a la vecina sacándose el maquillaje o al niño de la esquina al que obligaban a comer pegándole palmadas en la nuca. Ser sombra entre los árboles. Me gustaba pensar que era invisible. ¿Qué hace una niña o niño que se esconde? Desafía la realidad.

Transforma puertas o árboles en umbrales hacia otros lugares. Está y no está. ¿Qué hace el que escribe? Se esconde también,



aunque el escondite, en este caso, es una ventana que le permite detenerse. Está en una rama imaginaria de un árbol imaginario interpelando la realidad, porque el que escribe no solo mira, también reflexiona, pregunta y se incomoda. Debe sentir esa incomodidad con el entorno para apartarse. Debe buscar el espacio de intimidad donde la ecualización de sonidos adquiere una melodía propia. Y escucha.

Durante la infancia los escondites son variados. Todo sirve para crear rincones refugios de los que habla Gastón Bachelard en *La poética del espacio*: «todo espacio reducido donde nos gusta acurrucarnos, agazaparnos sobre nosotros mismos, es para la imaginación una soledad (...) Y si se recuerdan las horas del rincón, se recuerda el silencio de los pensamientos» [1]. ¿Qué pensaba arriba del árbol? Que la vida podía ser de otra manera. Que podía borrar la ausencia, el alcohol, los gritos de mis padres, borrar también la sensación de estar atrapada, que podía, en cambio, reescribir mi historia a la luz de ese amplio paisaje que me donaba el árbol y para eso, bastaba trasladar mis bártulos a sus ramas.

Alguien escondido no solo mira de otra forma, escucha también. Parte de su atención está puesta en ese mundo del cual se ha exiliado gracias a la magia del escondite. En el caso de niñas o

[1] Bachelard, Gaston (2020). **La poética del espacio**. México: Breviarios, Fondo de Cultura Económica, p.199.





niños, es difícil dejar de jugar, aun en circunstancias complejas; durante la dictadura, nuestra aproximación al mundo estaba mediada por el juego. Algunos misteriosos, como la Ouija que inevitablemente terminaba por matarnos de susto cada vez que la aguja se movía y creíamos ver aparecer el espíritu de la tía de una de mis amiguitas desaparecida por la DINA. Pero la gran mayoría de juegos tenía que ver con transformar esa realidad a nuestro antojo.

Walter Benjamin lo describe en *Dirección única*: «Los niños sienten una atracción irresistible por los desechos. En los productos desechados reconocen el rostro que el mundo de las cosas les vuelve sólo a ellos, a ellos y nadie más. Con éstos, crean relaciones nuevas e inesperadas con materiales de índole muy diversa a partir de lo que van elaborando mientras juegan. De este modo, los niños crean ellos mismos su propio mundo de cosas, un mundo pequeño dentro del grande» [2]. Me gusta el verbo *crear* asociado a escombros o fragmentos, porque la memoria de quien escribe no es lineal, se compone de pedazos, sonidos, citas, lecturas, aprendizajes, imágenes, emociones, olores, todo un conjunto de piezas que deben recomponerse a partir de la infancia.

[2] Benjamin, Walter, **Dirección única**. Edición ampliada (2021). Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, p.46.





Cuando se es niña, y adolescente también, ese mundo pequeño del que habla Benjamin permanece vivo, todo está animado: ramas, piedras, insectos, olas, todo y esa aproximación hacia las cosas que los rodean no solo enriquece el mundo que habitan, sino que lo resignifica. Ahí está la grandeza de la infancia: mirar y escuchar como si se tratara de una segunda lengua, minuciosa, exacta, llena de misterios que hay que develar. En otras palabras, partir de cero. Y ahí está el desafío de la escritura: volver a nombrar, dotar de vida a las cosas, saber con certeza que las palabras escritas pueden abrir rendijas, sacudir el lenguaje, reanimarlo, para dejar de leer como se ha leído y traducir como se ha traducido. Porque para cualquiera que escribe en este siglo, el desafío está precisamente en esa resonancia. La exhalación única a la que debiera aspirar cualquier texto, porque, como advierte Leila Guerriero «una historia, cualquier historia, tiene como destino posible la gloria o el olvido. Y la clave no está en el cuento que la historia cuenta, sino en cómo se cuenta: eso la hace arribar con toda pompa a un puerto majestuoso o hundirse en el mar de la indiferencia» [3]. Huelga decir que el mar de la indiferencia está compuesto de palabras y, hoy por hoy, son demasiadas, unas sobre otras como castillos de naipes, los libros se escriben, se publican, las novedades suplantando a otras novedades en menos de seis meses y se acumulan en bodegas que no llegan a ningún lado,

[3] Guerriero, Leila (2022). **Zona de obras**. Barcelona, Editorial Anagrama, p.97





excepto a esas horas de oscuridad que les dona el olvido. Aspirar a una resonancia peculiar o un tipo de sonido primordial, entonces, requiere un trabajo de inmersión que parte en la intimidad, en el silencio de los pensamientos. También, en la infancia. Ahí están guardadas líneas de sonidos, vibraciones e impresiones diferentes de las que recibirá durante su adaptación al medio que lo recibe, la escuela, por ejemplo. No quisiera hacer una apología de la infancia, nada más lejos de mi propia percepción de lo que esta significa, simplemente, quisiera resaltar que en ella se guarda una forma particular que tuvimos de apropiarnos del mundo. ¿Por qué? Porque niñas y niños son devoradores, ¿por qué?

Lo necesitan para crecer, ¿por qué?

Porque el mundo es pequeño todavía, ¿por qué?

Deben reconocer cada piedra, cada árbol, cada gesto anclado a sus relaciones.

Uno vuelve temblando a su propio país [4], escribió Jonas Mekas en sus diarios. Algo similar ocurre al que escribe cuando se asoma a mirar su infancia, ese otro país tan lejano y que nunca abandona del todo. Una especie de vaguada costera, legua de aire frío que

[4] Mekas, Jonas (2021). **Ningún lugar a donde ir**. Buenos Aires, Caja Negra.





atraviesa el valle cálido y crea una inestabilidad atmosférica, ¿frío o calor? Cómo saberlo. A veces, esas vueltas traen colores y armonías; otras, un desequilibrio feroz. De todos modos, para crear en el sentido estricto del término, se necesita volver a ella con una mirada llena de curiosidad. Es decir, volverse literatura.

Hablando de volver y encontrarse, hace algunos años me perdí en un bosque. Había llegado a la punta austral de la isla en una lancha destartada y pequeña en la que estuve segura de que iba a morir. Las olas superaban los quince metros, gruesas, profundas y la cáscara de nuez en la que navegaba hacía esfuerzo por surfearlas. Decidí hacer el trayecto abrazada al mástil, completamente sorda a las advertencias del capitán: era peligroso. Claro que era peligroso, pero prefería saltar en mil pedazos que morir ahogada dentro de la cabina junto a pollos y puercos que los habitantes del fin del mundo llevaban para abastecerse. Tres horas duró ese mareo, ese miedo a morir ahogada, después, todo se calmó y llegamos al muelle con un mar tranquilo que daba para pensar que Poseidón había decidido perdonarnos la vida. Apenas pisé la playa, me sorprendió el bosque que inundaba la vista. Un bosque sonoro, siempre quejándose, conversando, crujiendo, advirtiendo, sobre todo eso.

Comencé mis caminatas con timidez, ida y vuelta, pero con los días me volví osada y empecé a internarme en la maraña de



ramas y árboles. Fue así como un día me aparté de la huella. No tenía idea de cómo volver, así es que me senté a escuchar quejidos y crujideras, pisadas, sonido de hojas moviéndose con el viento, un martín pescador vino a posarse en mi hombro, me miró de costado, pareció interrogarme, ¿cómo se habla la lengua de los pájaros?

Intensifiqué la mirada. Al rato, perdió el interés en mí y se alejó volando. Entonces, tuve la certeza de que el bosque estaba vivo no en el sentido común que le damos los sujetos del siglo XXI, sino que era, tal como lo nombraban los huilliches, un sujeto en sí mismo, unidad ecológica que dialogaba consigo misma. El descubrimiento me tranquilizó lo suficiente como para aguzar el oído e intentar entender algo de esos ruidos, no sucedió, por supuesto, se requiere tiempo para volver a nombrar las cosas vivas que nos rodean, pero sí reconocí el sonido del mar escondido entre el aletear de los insectos, las pisadas de animales aplastando las hojas y las sacudidas de ramas. Era apenas un silbido, sin asomo de bravura, pero suficiente para saberme a salvo. Caminando hacia él, encontraría la huella. Lo que quiero decir con esto es que si aceptamos que la creación es algo que nos fue dado en cuanto seres pensantes, pues pensar es como respirar, una condición humana que no se abandona por mucho que nos esforcemos, los pensamientos fluyen en nuestra mente sin pausa, entonces, entendemos también que podemos



entrenar suficientemente nuestra mente como para amasar nuevas conexiones, crear historias, saber contarlas de manera que conecten con otros, lectores todos, a quienes pocas veces tenemos enfrente a la hora de escribir y sin los cuales un libro tiene poco sentido. Aun cuando nuestra lengua madre haya perdido la capacidad de nombrar los sonidos del bosque o el alma que lo anima, como quienes habitaron en el principio de los tiempos, podemos recuperar palabras, sonidos o vibraciones para decir, en una imagen, el viento entre los árboles o crujidos del bosque en la mañana.

No solo eso, podremos volver a nombrar, como lo hicimos cuando fuimos niñas o niños, tensar las palabras, obligar a nuestra lengua a animar el bosque, las aguas, los cerros, las estrellas. Crear. Lo diré de una vez: es imposible hacerlo habiendo asumido la frustración presente en el lenguaje. Porque como adultos sabemos que la matriz lingüística que nos ampara, esa que posibilita nuestra existencia, es mayormente colectiva. No existe originalidad, lo nuevo es apenas un remedo. En palabras de George Steiner «nuestros pensamientos son, en una medida abrumadora, un universal humano, una propiedad común» [5]. Y ese capital humano, esa biblioteca universal presente en nuestros imaginarios, no se renueva si no renovamos la voz que la cuenta.

[5] Steiner, George (2007). **Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento**. México: Centzontle. Siruela. Fondo de Cultura Económica, p.30.





Escribir tiene que ver con ese tipo de resonancia, un aliento presente en el mar de nuestras experiencias que nos lleva a descubrir una voz, la nuestra. Dicho de otra manera, no se puede escribir si no se está dispuesto a atravesar un mar bravísimo que amenaza con tumbarnos sin tener la menor idea de la orilla en que nos dejará el ejercicio. Lanzarnos como suicidas hacia el meollo de aquella frase que nos desvela, esa imagen que nos persigue, ese sonido que creemos reconocer en medio del ruido ambiente. Arribar al puerto majestuoso del que habla Guerriero, entonces, supone detenerse, habitar el silencio, el rincón de nuestra intimidad y descubrir de qué materia están construidas las preguntas o inquietudes que presionan la escritura.

Imagino que a estas alturas pensarán que olvidé nombrar cosas muy concretas que se necesitan para escribir, como resolver el qué, quién, dónde, cuándo y por qué. Yo también pensé en ellas hace tanto. Quién narra, en qué contexto político o social lo hace, ¿la historia sucede en un día, una semana o una vida? En fin, me hice esas preguntas y sufrí con verbos y adjetivos, me enredé en cuestiones gramaticales, la puntuación que le otorga respiración al texto, y, una y otra vez, mientras permanecí anclada a esa lectura crítica y acuciosa del texto que escribía (siempre necesaria, por cierto, pero no exclusiva) más lejos me sentí de su sangre, su propia pulsión. Mantenerme anclada a esa forma me enseñó a establecer cierta estructura y obtener material de investigación



necesario para que la historia funcionara, una especie de andamiaje que la sostenía, pero con el tiempo entendí que eso no tiene mucho que ver con creación. Ahora lo sé, porque a escribir, debo confesar, aprendí hace poco, apenas unos meses atrás. Bueno, puede que exagere. Pero fue hace un momento cuando escuché, como se escucharía una voz que ilumina el paisaje, mi propia voz. Salió dando saltos, sentí ganas de atajarla, que no fuera tan rápido, incluso, recuerdo que grité ¡detente! No lo hizo, por supuesto que no, continuó corriendo sobre el teclado. Daba saltos, mezclaba fechas, confundía cosas, citaba, siempre entrando y saliendo de textos antiguos o búsquedas pretéritas, nada le importaba menos, manejaba mi imaginario a gran velocidad, movimientos rápidos, pero a la vez, sumamente orgánicos, como si me recordara ese soplo, la vibración que sentí cuando niña, como si me dijera que la escritura es un juego que ocurre en el presente, sí, pero también en el cuerpo, mi cuerpo que ha atravesado esos tiempos remotos. Permitir que esa voz fluyera sin peros fue lo que me permitió acercarme a la infancia feroz y, al mismo tiempo, no escribir en sentido estricto ni preguntar sobre palabras o verbos, dejar que esa voz se expresara, cantando y bailando con las ganas con que lo hacía, pues no tenía ningún complejo con lo que lanzaba sobre la página, todo lo contrario, parecía una amiga venida desde lejos dispuesta a exponer su intimidad y a contarme una historia que necesitaba escuchar.





# Sara Bertrand

es escritora, docente y tallerista. Escribe para *Revista Emilia* (Brasil). Con *Samurái* (Pez Espiral, 2023) ganó el **Premio municipal de Santiago** 2024 y **Medalla Colibrí** (IBBY Chile) 2024; ganó también el **New Horizons Bologna Ragazzi Award** 2017 con *La mujer de la guarda* (Babel, 2016) y **The Braw Amazing Bookshelf Bologna Ragazzi** 2025 con *Láfora, os fantasmas* (Solisluna/Emilia, 2023); el **White Ravens** 2017 con *No se lo coma* (Hueders, 2016); **Sello distinción de la Cátedra UNESCO** (Brasil 2019) con *A mulher da guarda* y el **Premio al arteeditorial Caniem** 2022, (México) con *Álbum familiar* (El Naranja, 2021). Además de novelas y cuentos, ha escrito los ensayos *Un libro es una pregunta* (Fondo de Cultura Económica, 2024), *Escribir a las Madres* (Solisluna/Emilia, Brasil, 2024) y *Patos e Lobos marinos. Conversas sobre literatura e juventude* (Solisluna/Emilia, 2021).

# Crear con la paz

literatura infantil latinoamericana  
escrita por mujeres

Graciela Bialet







La pregunta filosófica que nos haríamos, quizás, es: ¿nacimos belicosos? ¿Nunca fuimos pacíficos? Desde reflexiones ligeras, podríamos acordar con las religiones que, en general, consideran que venimos incompletos y que, a causa del mal uso de nuestro libre albedrío, necesitamos completarnos con las bondades de los dioses. El marxismo, en cambio, sostiene que llegamos llenos de bondad y que es la sociedad capitalista la que nos estropea. Los naturalistas y la propia antropología nos hablan de cómo, durante la evolución y por instinto de supervivencia (Freud diría «pulsión de vida»), fuimos demarcando nuestras capacidades defensivas, las ofensivas y las de resiliencia (ese mecanismo que nos permite reinventarnos desde nuestros propios duelos existenciales). ¿Y los niños? Pues venían creciendo o sobreviviendo en ese contexto.

Probablemente, una combinación de estas ideas podría ser un puntapié para pensar en cómo, ya en el siglo XX, luego de dos guerras mundiales, las sociedades humanas organizadas en naciones empezaron a soñar con un mundo de paz.

Esa palabra tan bella, casi sagrada: paz (tranquilidad, armonía, conciliación, amistad, entendimiento)... todas esas expresiones que bien reflejan el estado de lectura en que caemos cuando nos compenetramos en una historia, ¿no?


Sin embargo, ya en el siglo XXI, luego de la brutal pandemia de



COVID-19 que dejó a diez millones de niños y niñas huérfanos [1], en los últimos dos años potencias belicistas han generado nuevos conflictos bélicos a gran escala que se transmiten en vivo y en directo por todas las pantallas que llegan a nuestros pequeños.

¿La paz se aprende? ¿La literatura tiene acaso fines didácticos? No. Claro que no. La literatura infantil (que también leen los niños) es arte. Y el arte, lo que sí hace, es dar una vuelta de tuerca a la realidad: es disruptivo y, desde allí, incita a disfrutar, emocionarse, sensibilizarse y conmoverse. Ya sea «con final feliz o no», moviliza y nos asocia a todas aquellas palabras emparentadas con la paz (concordia, entendimiento...) que inciden empáticamente en nuestra armonía interna, esa que luego se expande a quienes nos rodean.

Es en la intimidad con esas sensaciones donde decidimos qué sentir y pensar. Así, por ejemplo, frente al «Guernica» de Picasso, que muestra la tragedia de la guerra en ese pueblo, el impacto de fruición que genera nos remite inmediatamente al valor de la paz, a desarrollar empatía y **resiliencia**, a pensar en recuperarnos ante la adversidad. (¡Ah!... como *Pinocho*, como *Pulgarcito*, como *Hansel y Gretel*, o *Itoj* de la mitología wichí [2]).



[1] Según investigación de la revista médica **The Lancet** acerca de las “Estimaciones mínimas mundiales de niños afectados por la orfandad asociada al COVID-19”

[2] Pueblo originario de Sudamérica, prehispanico.



Guernica de Pablo Picasso, 1937

La literatura infantil y juvenil está plagada de personajes y situaciones resilientes, y como dijo G. K. Chesterton: «Los cuentos de hadas son más que reales; no porque les enseñen a los niños que existen los dragones, sino porque les dicen que se puede derrotarlos».

Varias autoras latinoamericanas han incursionado en estas temáticas. Hablaremos aquí de cinco reconocidas creadoras, tomando como referencia tan solo una de sus obras:



## María Elena Walsh y Silvia Jacoboni

### Argentina

Walsh fue escritora, cantautora, dramaturga y compositora argentina (Villa Sarmiento, 1930 / Buenos Aires, 2011). Hoy su casa es un museo interactivo en su honor.

Estudió Bellas Artes y a los 19 años publicó su primer poemario por el cual autores como Borges y Juan Ramón Jiménez la reconocieron como un talento que revolucionaría el establishment cultural de la época. Sus textos desacartonados, feministas y disruptivos marcaron un antes y un después en la literatura para las infancias latinoamericanas.

El tema de la paz está presente en gran parte de su obra, icónica en la cultura argentina: *Canción de cuna para un gobernante*, *Como la cigarra*, *Postal de guerra*.



## Canción del estornudo [3]

En la guerra le caía  
mucho nieve en la nariz  
y Mambrú se entristecía  
Atchís

Como estaba tan resfriado  
disparaba su arcabuz  
y salían estornudos  
Atchús  
(...)

Le pusieron cataplasmas  
de lechuga y aserrín  
y el termómetro en la oreja  
Atchís  
(...)

Es mejor la paz resfriada  
que la guerra con salud  
los dos bailan la gavota  
Atchús



[3] Puede escucharse y leerse completo en <https://www.youtube.com/watch?v=VpShK8yZVuo> y en <https://www.flashlyrics.com/lyrics/maria-elena-walsh/cancion-del-estornudo-67>



En *Canción del estornudo*, y tomando como intertexto la canción popular *Mambrú se fue a la guerra*, invita a las infancias —desde el humor y el absurdo— a espiar la temática de la paz. La última estrofa es una trascendente metáfora. Este poema forma parte del libro *Canciones para mirar* (Alfaguara), que inicialmente fue un espectáculo musical muy exitoso en los años sesenta y setenta. La vigencia de este material sigue recreándose y reimprimiéndose en Sudamérica.

Las ilustraciones pertenecen a Perica, seudónimo de la artista plástica y guionista Silvia Jacoboni, nacida en San Nicolás, provincia de Buenos Aires, quien además ha ilustrado para SM y en *Historietas por la identidad*, mostrando una especial sensibilidad en el uso lúdico de colores vibrantes y en el delineado que da movimiento a los personajes creados.

Humor en la canción poética, servido en bandeja para hablar de la importancia de la vida.



## María José Ferrada y María Elena Valdez

### Chile y Venezuela

Ferrada nació en Temuco, en 1977. Estudió Comunicación Social, Lingüística y cultura asiática. Ha escrito guiones para cortometrajes y obras de teatro, y ha publicado más de medio centenar de libros LIJ, entre los que se destacan *Mexique* y *El idioma secreto*.

*Niños* [4] es un libro de prosa poética, lúdico y celebratorio, con 34 entradas, cada una de ellas con el nombre de un niño o una niña (desde 1 mes hasta 13 años de vida) asesinados durante la dictadura de Pinochet en Chile (1973-1990), en el que aborda este genocidio con poesía, delicadeza y profundidad.

[4] **Niños** ha sido publicado en varios países: Chile, Liberalia Ediciones y luego por Grafito Ed. En Estados Unidos, Eerdmans for Young Readers. En México, Alboroto Ediciones y Ediciones Castillo. En Brasil, Pallas Ediciones. Italia, Edicola Ediciones.



Así aparecen, por ejemplo, Alejandra, ejecutada al mes de vida:

«Por primera vez la verá llegar. Su madre la hace dormir con una canción en la que le cuenta que vendrán las flores. Una canción de cuna que dice que vendrán los pájaros y que el sol será un pequeño abrigo. Por primera vez, la primavera».

Y Rafael, seis años:

«Hoy ha decidido buscar los siete parecidos entre el sol y una naranja. Tardó una hora en descubrirlos. Y se fue caminando con la naranja brillando en el bolsillo».

*Niños* recibió muchas distinciones [5], sobre todo, en esta edición ilustrada realizada por María Elena Valdez (nacida en Caracas y residente en Barcelona).

En la tapa y contratapa de este volumen aparecen las individualidades de estos posibles rostros infantiles y, por dentro, cada relato tiene su propio diseño ensoñador (a lápiz), tan poético como el texto: «Para ilustrar este libro tuve que considerar más detenidamente el uso adecuado de mis herramientas como artista, para no solo comunicarme de una manera cautivadora, sino también ser respetuosa y delicada».

[5] El Premio Academia Chilena de la Lengua para el mejor libro de literatura infantil el año 2013. Seleccionado NAMI CONCOURS 2020. Mención Honorífica Premio Américas; Seleccionado Premio Paterson de Libros para Jóvenes; Premio Medalla Colibrí 2021 IBBY Chile. Finalista Libro infantil ficción PREMIS JUNCEDA 202. Mención Especial POESÍA BOLOGNA RAGAZZI 2021.





Tragedia hecha poesía, como manera de sublimar memoria y empatías hacia la vida del prójimo, antesala de cualquier pensamiento para una cultura de paz.



Ilustraciones de María Elena Valdez



## Ángela Lago

### Brasil

Es la autora integral del libro álbum *De noche en la calle* [6]. Ilustradora, escritora y diseñadora gráfica (Belo Horizonte, 1945-2017).

Desde su portada, el álbum sitúa las noches que transita un niño que vive en la calle, bajo las luces de la ciudad nocturna, los semáforos y el tránsito de vehículos y transeúntes, mientras intenta vender algo parecido a unas pelotas.

No hay ni una sola palabra escrita: solo la imagen da cuenta de esta historia de indiferencia social frente a la infancia

[6] Guión e ilustraciones de Angela Lago. Caracas, Ediciones Ekaré, 1999. Colección Libros de Todo el Mundo. Publicado también en Brasil, México, Francia y Estados Unidos.



desfavorecida, que podría dialogar intertextualmente con *La fosforerita*, de Andersen. La indolencia frente al dolor ajeno aparece como violencia simbólica: un modo velado de hostilidad.

Los colores amarillo, rojo y verde, cual semáforos de alerta, predominan en el relato; también los azules y blancos, con menos intensidad.

El niño hambriento que se acerca a los vehículos a tratar de vender lo que ofrece. Siempre hay autos, en todas las imágenes; quienes conducen tienen miradas y narices afiladas, se muestran desconfiados, aprensivos y hasta agresivos con ese pequeño. Una mujer, al verlo por la ventanilla, se aferra a su bolso; en otra escena, el niño ve cómo amamantan a un bebé y siente añoranza.

Solo un perro callejero lo mira a los ojos frente a la humana indiferencia, que come en restaurantes jocosamente.

Desde un auto, una mujer arrebató al niño lo que ofrece, y lo toma como una broma; sin embargo, acusan de ladrón al niño al verlo correr cargando una caja, que luego se revela como la mercadería que vende. Doble vara para evaluar una misma realidad.

Un libro álbum que aborda un tema invisibilizado: la situación límite que viven tantos niños y niñas en la pobreza. El rostro del



personaje es verde —color esperanza— y representa a muchos otros, sin discriminación. Así, desde el arte, puede remitir a situaciones similares con infancias forzadas a migrar, refugiadas, en familias drogodependientes o en guerras impiadosas. Literatura e imagen encienden diversas maneras de interpelar la paz social en escenarios altamente polarizados.



Ilustraciones de Ángela Lago en *De noche en la calle* (Ekaré, 1999)



## Reflexiones finales en torno a la circulación de estos bienes culturales

«Escribo porque no tengo respuestas», dice la poeta María Ángeles Pérez López. Podríamos pensar que leemos para tratar de indagar posibles versiones. El tema es que solo leemos lo que el mercado hace circular.

La LIJ producida en Latinoamérica (LA) es vasta y revela signos propios de identidad, aunque su circulación por el mundo hispanohablante está bastante fragmentada.

Incluso, la circulación de la literatura infantil y juvenil iberoamericana no es fluida en la propia LA. La acotada circulación de estos bienes culturales es elocuente: editoriales internacionales que editan en casi todos los países escasamente trasladan títulos de una nación a otra; autores y ediciones regionales permanecen desconectados de países limítrofes, lo cual desfavorece la socialización del conocimiento de buenísimas obras. En cualquier ciudad argentina, por ejemplo, es mucho más sencillo conseguir un libro europeo que hallar uno paraguayo o uno panameño.

El primer paso para llegar a la paz es caminar juntos hacia ella, mano a mano; pero tomarse de las manos implica el maravilloso y



generoso gesto de conocernos primero. Es imperioso brindar las mejores posibilidades de circulación a la LIJ para que nuestras infancias vivencien la diversidad cultural como hermanamiento respetuoso y enriquecedor, y no como un posible enemigo desconocido.

**Paz, arte y palabras para  
hallar nuevas respuestas.**



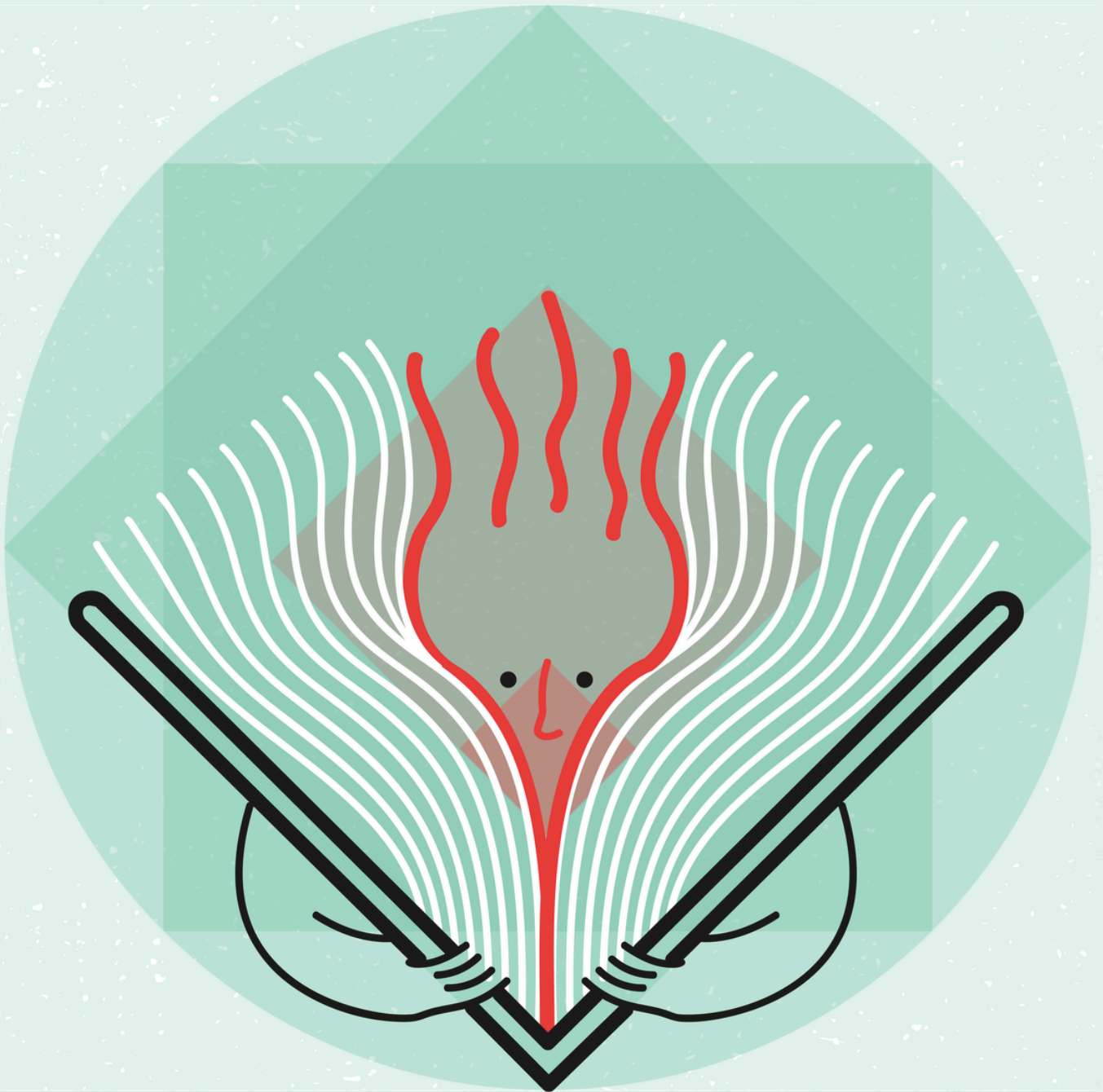


# Graciela Bialet

Es una escritora, docente, comunicadora social y especialista argentina en literatura infantil y juvenil y promoción de la lectura, nacida y residente en Córdoba. Profesora de Enseñanza Primaria, licenciada en Educación y magíster en Promoción de la Lectura y la Literatura Infantil, ha desarrollado una amplia trayectoria como autora de libros para niños y jóvenes, entre ellos *Los sapos de la memoria*, *El jamón del sánduche*, *Si tu signo no es cáncer*, *Cuando los grillos grillan* y *Metamorfosis*. Su obra combina humor, sensibilidad social, memoria histórica y una mirada crítica sobre la infancia, la escuela y los derechos humanos. Además de su trabajo literario, ha sido una figura clave en políticas y programas de lectura en Argentina: creó y coordinó el programa **Volver a Leer del Ministerio de Educación de Córdoba**, dirigió la Biblioteca Provincial de Maestros y participó en el Plan Nacional de Lectura.

# La urraca ladrona

Verónica Murguía



Cuando pienso en el verbo crear, suelo sentirme apabullada. Son cinco letras, pero cuando era una jovencita que confiaba (como casi todos los chicos) demasiado en su inteligencia, esas cinco letras me metieron en un laberinto por cuyos corredores me extravié. Como era una muchacha de dieciocho años, estaba segura de que encontraría la salida y que, además, inauguraría una ruta, un camino. Pobre. Sería mucho exagerar decir que, a mis sesenta y cinco años, ya salí de ahí.



¿Se puede crear?

¿El arte, la ciencia, crean?

¿No todo es transformación  
incesante que provino de un  
primer acto misterioso que se  
multiplicó y ramificó?

¿El Big Bang -o la voluntad de  
Dios- no evolucionó hasta  
formar el universo?

¿Acaso crear no es una  
consecuencia natural de la  
conciencia?

(Otra palabra cargadísima)



¡Y el sustantivo *creación*! Con su halo de asunto divino, artístico o científico, esta palabra bulle y se agita. En ella la semilla eclosiona, se abre, se despliega hasta elevarse hacia la luz, convertida en un abedul, un pino, un roble de Dodona, el oráculo de Zeus.

En la *creación* el óvulo es fecundado, la estrella nace y la sinfonía es concebida y garabateada sobre el papel pautado. Aquí imagino la cabeza leonina y canosa de Beethoven inclinada sobre un papel grueso. Tiene los dedos manchados de tinta y las notas corren y brillan un poco, porque la tinta está fresca. Él, me digo, claro que creaba. Tejía mallas de armonía con puros sonidos y silencios. (El corazón se me rompe de amor, admiración y piedad).

La palabra «creación» es aguda: un martillo minúsculo golpea el oído con la sílaba final, como las palabras razón, emoción y destrucción. Corazón. Y confusión, ni modo.

Recuerdo, con claridad y un poco de ternura, a esa muchacha desgarrada que se enredaba un mechón de pelo en el índice mientras leía ansiosamente fragmentos de la *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino y El origen de la vida de Aleksander Oparin. Aclaro, sin entender ni la mitad de lo que leía.

Yo, enfáticamente, ya no soy ella. Me he alejado de sus asuntos. Además, la edad me ha vuelto cautelosa y no confío mucho en mi



inteligencia. Admito, sin reservas ni tristeza, lo que ella ignoraba: que no tengo cabeza para la filosofía. Soy, gozosamente, escritora: una suerte de mentirosa profesional, que busca decir algunas verdades transfiguradas. Vivo en el laberinto y cuido lo mejor que puedo algunas macetas de los pasillos.

He asumido que soy una urraca: un ave a la que llaman las cosas brillantes, que se las lleva y las guarda en un nido abigarrado y multicolor: la memoria. Soy el tipo de escritora que, de tanto leer, escribe. No sé de respuestas, mi especialidad son las preguntas.

Pero demos por sentado que hay quienes crean, que descubren terrenos inexplorados, los desbrozan, los cultivan y dan frutos nuevos, distintos.

Creamos, en el sentido de creer, que hay creadores. De muchos de ellos soy devota rendida. Shakespeare inventaba, literalmente, palabras cuando las necesitaba y las que había no le acomodaban o cuando quería manifestar algo con fuerza singular. Según los académicos, estas palabras shakesperianas son más de mil. En cambio, el otro día me enteré de que uno de los políticos más poderosos del mundo y, seguramente uno de los peores de la historia, usa casi siempre doscientas palabras. Y, generalmente, las usa mal. La conclusión llega sola, aunque no me impide rabiarse porque Shakespeare, aunque no murió pobre, no obtuvo el título



nobiliario que ansiaba y merecía más que todos los reyes de Inglaterra.

¿Cómo fue que Shakespeare modeló el espíritu humano en su variedad ciñéndolo al pentámetro yámbico? Ese actor, que vivía con muchos trabajos y poca paga, expandió el espíritu humano, exploró los rincones más lóbregos de la emoción y el amor más tierno. Supo de la cólera de los reyes y del amor de la madre, de la ira del jorobado aborrecido sin haberlos experimentado en carne propia. El mundo entero cupo en su alma.

A mí, una mujer clase media con un librero nutrido, iluminada por la luz eléctrica y ante una computadora, me pasma. Sobre todo, cuando escribo y borro, una y otra vez oraciones débiles y párrafos insulsos hasta que renuncio y lavo los trastes. Distraída, rompo un plato y me pico un dedo. Me devuelvo a teclear. El enojo se convierte en una tristeza algo amarga.

¿Qué me pasa?, me pregunto. Me respondo que estoy apabullada por la realidad. Ante las desapariciones forzadas y la violencia que nos atormentan a los mexicanos y las amenazas que se ciernen sobre el planeta, ¿qué importa si logro escribir mi página diaria? En un momento histórico como este, en el que todo conspira contra el espíritu y el culto al dinero se vuelve cada vez más descarado, ¿a quién le hace falta lo que escribo?



Bueno, a mí, termino por responderme, con cara de bagre. Supongo que necesito responderle al mundo, a este mismo mundo que me deja sin habla.

Trato de acicatearme y leo el soneto de Milton a Shakespeare. Me imagino unos dedos llenos de tinta, papel irregular, una mancha que arrastra el nombre " Próspero ". Tres velas de sebo iluminan un puño de encaje algo raído y no sé cómo darle las gracias a Shakespeare por modelar mi humanidad a siglos de distancia. En España, no muy lejos de Londres, Cervantes, quizás todavía más arduamente, se afanaba con igual genio sobre las páginas de *El Quijote*, cuya lectura, esencial en estos tiempos de odios, es una culminación burlona y afectuosa de todas las novelas de caballería que le precedieron y la inauguración deslumbrante de la novela moderna.

Ellos no sólo concibieron personajes más vivos que muchos humanos que andan por ahí; sus obras son tesis sobre el poder, el amor, la ambición y la suerte. Shakespeare y Cervantes descubrieron nuevas formas de ver a los demás. Ampliaron el lenguaje y ensancharon la realidad. A la densidad espiritual de *El Quijote* se suman su alegría, el humor, la expansiva ternura de los personajes. Nadie es el mismo al terminar de leerlo. Uno cierra *El Quijote* conmovido, exaltado, humano.



Enterarse de los pormenores biográficos de estos dos artistas inigualables es una lección que impone humildad: Cervantes sufrió más que Shakespeare y tampoco tuvo la estabilidad económica que merecía. La lista de artistas que cambiaron el mundo y murieron sin fortuna es tan larga como ilustre.

No son muchos los creadores, pero existen y lo que hacen nos transforma. Ellos son el monstruo fabuloso en el centro del laberinto y la ruta para encontrar la salida; pregunta y respuesta. Merecerían, al menos, tranquilidad.

Claro, y quiero desviarme unos renglones: esto no los convierte en dioses. Es uno de los misterios del arte. El arte no es un jarabe, ni una receta para ser feliz, ni un florero. A veces hiere; otras, llena el alma de luz. La belleza puede ser terrible, amenazadora, dejarnos trémulos y cabizbajos. Algunos ejemplos al vuelo: la pintura de Goya, las novelas de Dostoievski, la música de Henryk Gòrecki, los autorretratos de Courbet y Géricault, la Farsalia de Lucano, las tragedias griegas, la poesía negra de Gottfried Benn.

Además, se da el caso de que la obra y el autor se contrapongan. Caravaggio, ese pintor capaz de hacer llorar al espectador más indiferente, era un malhechor. Pura carne de presidio: amasijo de cólera, violencia homicida, lujuria y uno de los pintores más sublimes que el mundo ha visto. Qué se le va a hacer.



Hay muchos otros, entre los que me cuento, que no tenemos esos dones, ni padecemos esas contradicciones. Los artesanos. Los que regamos las macetas del laberinto, tratando de recordar un soneto o un pasaje de novela y que ordenamos palabras laboriosamente. Tomamos del mundo las cosas que nos asombran, hieren o encantan y las distribuimos sobre la página para ensayar preguntas sobre la vida.

Escribo por un deseo de emulación. Quiero imitar a los creadores que me enseñaron a pensar. Honrar a mis muertos. A veces, también, imagino a un lector al que tiro (cortésmente) de la manga para darle el texto. Amo el oficio de contar. Tengo la necesidad de comunicar la fascinación, la alegría y el dolor que la vida me provoca. Quiero ordenar de forma lúcida los abalorios que he ido acumulando en la memoria.

Hoy, por ejemplo, mientras me entrenaba en el gimnasio, recordé haber visto en internet un corto de un muchacho con el torso cubierto por una armadura de samurái, nadando en una alberca ¡con todo y yelmo! Parecía que estaba de pie y avanzaba como un extraño cisne acorazado. Su padre, desde la orilla, lo reprendía porque le faltaba fuerza en la patada. Esa técnica llamada *suijutsu* es uno de los asuntos más asombrosos de los que he tenido conocimiento. (Uno de los abalorios). El día que lo vi pensé que debía decir algo, dar noticia de que los samuráis nadaban con



media armadura puesta para no perder el tiempo en las batallas. Hoy llegó el día: pongo el nombre aquí mismo. *Suijutsu*.

Tengo en mi nido fragmentos de poemas, diálogos escuchados al pasar, la visión de rostros entrevistados, ideas aprendidas y transformadas por la experiencia, el sonido luminoso y amado de la risa de David Huerta, los pies marmóreos de las esculturas de Bernini... ¿qué se hace con todo eso? En mi caso, se escribe. Con dificultad y con síndrome de la impostora; se escribe con ímpetu y con miedo a que nadie lo quiera leer; se escribe a sabiendas de que han muerto Cervantes y Shakespeare y que ellos ya escribieron todo lo que somos; se escribe en el siglo en el que la internet y la IA hacen lo que en la agonía del imperio romano hicieron los vándalos, los ostrogodos, los hunos. Ahora esos bárbaros son otros y el arte enfrenta, de nuevo, un peligro existencial.

Pienso ahora, como otras veces, en dos personas a quienes invoco cuando la modesta forma de creación a la que aspiro me rehúye: en el padre John Clynn, quien vivió en la abadía de Kilkenny, en Irlanda, durante la Peste Negra y que creyó que era el último hombre del mundo. Documentó ese Apocalipsis y escribió sus últimas reflexiones cuando ya comenzaba a sentir los síntomas. Dejó, además, pergamino y tinta, en caso de que alguien más hubiera sobrevivido a la epidemia que vació su aldea y su



monasterio.

El otro es Dimitri Koleshnikov, capitán del submarino atómico Kursk, aquel que se hundió el 2000 por una avería debida a que el equipo no había recibido mantenimiento. Putin, quien apenas había subido al poder, se comportó como sabemos: no aceptó la ayuda que le ofrecieron otros países para rescatar a la tripulación; desestimó el hecho; alentó los rumores que culpaban a otros países y el Kursk se fue al fondo del mar de Barents con 118 almas a bordo. Koleshnikov consignó, casi completamente a oscuras, en un papel que luego encontraron en su bolsillo, la angustia de las horas en las que el agua fue llenando compartimento por compartimento. Describió el terror y la desesperanza de sus compañeros, aunque él buscaba, conmovedoramente, mantener el ánimo. Confesó que no sabía ni por qué escribía o si alguien lo leería. Muchos lo hemos leído y creo que pocos lo hemos olvidado.

Sentada en mi escritorio, repito sus nombres cuando la sensación de futilidad me intimida. Un franciscano en el siglo XIV, un capitán de submarino ruso en el año 2000. No me parezco a ellos. Pero escribieron in extremis y hay tal humanidad en sus sencillas bitácoras, una de ellas un papel que cupo en un bolsillo de pantalón, que me obligan a escribir.



Me encomiendo a mis autores,  
a mis posibles lectores, al  
recuerdo de David Huerta, al  
mundo aterrador y hermoso.

Escribo, como si en ello me  
fuera la vida. Porque, al menos  
una parte, quizás la más lúcida,  
sí me va.





# Verónica Murguía

Es una escritora, traductora y ensayista mexicana nacida en Ciudad de México en 1960. Estudió Historia en la UNAM y ha desarrollado una obra muy reconocida en la literatura infantil y juvenil, aunque también ha escrito narrativa para adultos, cuento y novela histórica. Entre sus libros destacan *El fuego verde*, *Auliya*, *El ángel de Nicolás*, *Loba* y *El cuarto jinete*. Recibió el **Premio Juan de la Cabada de Literatura Infantil** en 1990 y en 2013 se convirtió en la primera mexicana en ganar el Premio Gran Angular de Literatura Juvenil por *Loba*; además, *El cuarto jinete* obtuvo el Premio Antonio García Cubas 2022 en la categoría de novela histórica. En 2024 recibió la **Medalla Bellas Artes de Literatura** por su trayectoria y contribución a la literatura mexicana. Recientemente fue reconocida con el **Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen** 2026, en la categoría de cuento, por *Asfódelo*.

# Levantarse un mundo delante de nuestros ojos *crear desde la edición*

María Osorio Caminata



# Estar con los ojos cerrados.

Levantamos un **mundo** delante de nuestros ojos, sin usarlos. Como si la imaginación fuera un don, como si no hubiera necesidad de formarse, de adquirir experiencia. Esto que hacemos es físico, nos afecta y afecta el entorno, aunque con el tiempo desaparezca, como todo, como todos. A pesar de los ojos cerrados, no es un impulso ni una visión, ni es espontáneo, es el producto de una larga experiencia y reflexión. Vemos cómo ocupa un lugar en el espacio, cómo interactúa con los demás y con nosotros mismos, con lo que hemos hecho antes, con nuestra historia. Y modifica todo eso.



Después abrimos los ojos. Y comenzamos a preguntarnos si lo que hacemos tiene sentido, si eso que hacemos es lo que hay que hacer...

En realidad, diría que hacer es algo propio de una manera de ser. Me pregunto: ¿Debería ser (o fue) asunto de las profesiones que he ejercido en estos años? Porque no se trata de producir, de fabricar ni siquiera de crear: se trata de proponer una manera de vivir, de ver, de actuar. Una manera de iniciar un diálogo con otros.

Me preguntan si este quehacer diario es crear. Supongo que no es fácil decir que sí o que no, porque a veces sí lo es y a veces no. Se puede dar forma a algo sin pensar o exponerse, sin exponer lo que se es y lo que se piensa ante otros. Pero como producimos para el consumo, entonces, ¿se supone que no debe destacarse nuestra opinión? Yo creo que la idea de participar y de crear un mercado no es seguir una tendencia, es precisamente confrontar el pensamiento de unos y otros en el espacio público. Pero para que esto suceda habría que conversar, generar diálogos y polémicas, confrontar ideas, posiciones y opiniones. No veo dónde se pueda hacer esto hoy.

Y sí, así, categóricamente. Se crea cuando se edita. No me cabe ninguna duda. Pero, tendríamos que definir editar. Aunque en el



mundo actual, confuso y lleno de posibilidades, cualquier cosa se puede: seguir tendencias, modas, gustos...; seguir instrucciones, asistir a un curso, escuchar a alguien que se ha ganado el título, seguirle los pasos, mirar cómo hace, imitar. Porque ¿cómo alguien se convierte en un profesional? Hoy cualquiera puede hacer y ser cualquier cosa; lo más fácil, convertirse en editor. Imprimir un libro se considera editar; poner un texto o un texto y unas imágenes entre dos tapas se considera editar; usar la IA, las plataformas que entregan imágenes editables, conocerlas y sobre todo usar esas herramientas, se considera editar.

Pensándolo bien, cualquier cosa se considera editar. Incluso vender se considera editar. Estar en redes y ser «visible» se considera editar. Si alguien dice «Soy editor», se convierte en editor. No se necesitan ni títulos ni habilidades. Solo el deseo. Voy a recibir textos, voy a buscar imágenes o a alguien que las haga, las pongo juntas. Soy editor. ¿De dónde surge ese deseo? ¿Qué significa? Voy a una feria, compro lo que hacen los demás, lo imprimo en mi lengua, en mi país, soy el mejor editor. ¿Soy editor? ¿Tal vez? El editor puede ser solo un intermediario, no crea nada específico, crea un catálogo, escoge aquí y allá, lo que ha ganado un premio, o simplemente lo que le gusta, o lo que ha alcanzado cifras altas de ventas, o lo que se parece a lo que quisiera hacer y no puede porque todavía necesita un poco más, porque acaba de empezar, necesita un catálogo para (otra vez) ser «visible»...



Luego sí, tal vez. ¿O estábamos hablando de editar?

Todo depende del punto de vista. Hoy editar es estar en el mercado, participar en redes. Ya no se reseña, no se habla de los contenidos, se hace propaganda, se eligen unos cuantos autores y se destacan sobre los demás. Alguien elige: ¿quién? ¿Los medios? ¿Las redes? No me digan que el público; o, si es el público, en ese caso, inducido por la propaganda, por la visibilidad.

Nada más confuso hoy que la acción de editar. Y nada más confuso que editar libros para niños. Porque parece fácil, la verdad, poco texto, muchas imágenes, pocas páginas. Habrá alguna manera de intervenir, de decir algo sobre el exceso de libros, sobre el exceso de publicación, ¿más de lo que se ha dicho y escrito? Necesitaríamos un nuevo ecosistema, uno en donde vuelvan a aparecer profesionales que lean, que reseñen, que critiquen, y que se vuelva a hablar de libros y literatura sin mediar la publicidad ni la imposición del mercado.

Definitivamente trabajamos con los ojos cerrados, cerrados a nuestro alrededor, abiertos para mirar lejos, para ignorar lo que nos rodea. Se llama globalización, que hace que todo se vea igual; que pueda ver lo que veo, leer lo que leo, comer lo que como en mi casa, en cualquier lugar del mundo. Que no extrañe parece más importante a que algo nos sorprenda.



Se trata de uniformar e imitar para crear esa uniformidad. Construimos el imaginario en el imaginario de otros, en lo ya representado, en lo usado, en lo probado. Sobre todo, en lo probado. Representamos mirando a otros representar la realidad representada por otros.

Se investiga en la producción, se transforma y a esa transformación se la llama creación.

Y todo esto porque lo que falta es tiempo; por eso hay que tomar atajos, producir mientras podemos tomarnos un tiempo para editar. El tiempo en que lo que se hacía era editar ya no existe; se acabó, ya no hay tiempo para pensar, hay que producir. Al comienzo solo para tener tiempo para editar; después no queda tiempo para nada más. Hay que entregar novedades, construir un catálogo —lo que sea que eso signifique hoy en día—, producir; y para eso sirven todos esos atajos.

Eso pasa en general. A la LIJ, además, le pasaron antes otras cosas. —Ahora, un resumen, porque no fue solo así ni así de fácil y directo; pasaron muchas cosas y mucho tiempo, pero los resultados son estos—. Hubo un tiempo en que tuvimos que convencer a los demás de que lo que hacíamos se dirigía, principalmente, a un público infantil, que no era infantil lo que hacíamos ni los que lo hacíamos. Tomó tiempo, los convencimos



de que lo que hacíamos con imágenes era expresar y potenciar un discurso complejo en palabras para pequeños que podían entenderlo mejor leyendo una imagen que un texto. Y todo lo que hacíamos tomó ese camino, todo. Las palabras se quedaron en la escuela, las dejamos ahí. Ahí siguen. Los editores de plan lector hacen los negocios, los libros ilustrados ganan premios, están en las librerías. Las inundan. Pero ya nadie conoce la diferencia entre un libro ilustrado y un libro para niños. Todo está ilustrado, profusamente ilustrado.

Ahora, ilustrar se convirtió en algo tan difícil de definir como editar. Porque, aunque sea difícil de aceptar, eso que dije de editar se le aplica igual a ilustrar. La ilustración dejó de tener ese sentido que le dimos en la LIJ y se apoderó de los libros, de todos. Lo importante es que se vea bien, lo importante es quién dibuja, cómo dibuja. A veces pienso que en esos libros se podría dejar de publicar el texto. Libros llamados: catálogos de dibujos para clásicos. ¿A quién le importa lo que dicen esos «clásicos»...? Lo que importa es cómo se representan. Imágenes + resumen de contenido. Y, por supuesto, en la medida en que el libro ilustrado crece, la imagen en la LIJ pierde sentido. Otra vez: si la imagen significa ya no es para niños.

En realidad, todo gira en círculos.



Hay que estar atentos.

También me gustaría decir que podemos salir de ese círculo, pero que la línea recta no existe, que dejarse llevar no nos deja en ninguna parte, que podemos hacer menos, que podemos controlar la natalidad, que sería deseable, que participar y conversar con los demás es indispensable, que trabajar por el entorno en el que vivimos es la opción, que debemos representar ese entorno, que es nuestra única posibilidad de cambiarlo.

Yo crecí y me hice fuerte en una facultad de arquitectura. Ahí crecí hace 50 años, ahí hice mis mejores amigos —que aún conservo—. Lo hicimos criticando y dejándonos criticar, revisando y preguntando por lo que cada uno hacía, conversando, discutiendo, exponiéndonos, confrontándonos, trabajando juntos.

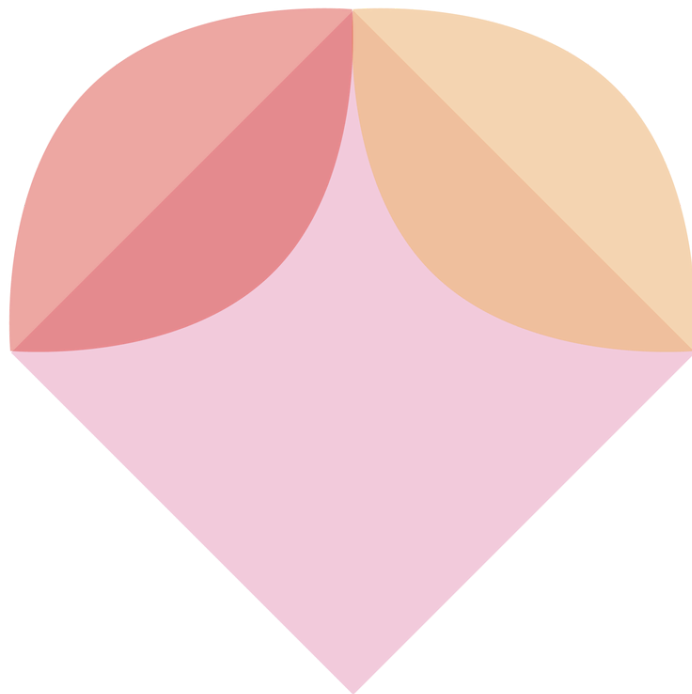


Desde ese entonces entendí que

no hay atajos,  
no hay fórmulas,  
hay que mirar alrededor,  
hacer menos,  
tomarse el tiempo,  
porque el tiempo sí existe  
y está ahí  
a diario  
para tomarlo



y es nuestra  
oportunidad de  
derribar el **muro**.





©Lisbeth Salas



# María Osorio Caminata

Es una editora colombiana, arquitecta de formación y una de las figuras fundamentales de la literatura infantil y juvenil en América Latina. Desde 1986 trabaja en el campo de los libros para niños, niñas y jóvenes; fue directora de publicaciones de la **Asociación Colombiana para el Libro Infantil y Juvenil** y subdirectora de **Fundalectura**, antes de fundar en 2001 **Babel Libros**, un proyecto que nació como distribuidora y se expandió hasta convertirse también en librería, editorial y biblioteca. Su trabajo se ha caracterizado por una defensa exigente de la bibliodiversidad, la calidad estética y literaria, y la confianza en los lectores infantiles como lectores capaces de acceder a obras complejas. Por su trayectoria recibió en 2018 el Homenaje al Mérito Editorial de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, y Babel Libros fue reconocida con el **Bologna Prize for the Best Children's Publisher of the Year** para Centro y Suramérica en 2017.



# Alejandra Fernández

es ilustradora, diseñadora y directora de arte, nacida en Madrid y vinculada a un imaginario visual atravesado por los cuentos populares, las tradiciones rurales y la cultura material del juego. Comenzó su trayectoria en el ámbito del diseño de estampados y actualmente compagina la ilustración infantil con el diseño gráfico y la dirección de arte para exposiciones y museos. Sus ilustraciones fueron seleccionadas en el **Catálogo Iberoamérica Ilustra 2019** y ha publicado con editoriales como Geoplaneta, Adriana Hidalgo, Pearson Education, Kalimat, SieteLeguas y Babidi-bú. En su obra, que incluye proyectos como *Dentro del bosque*, conviven la exploración del libro como objeto, la narrativa visual, el humor y una especial atención a las posibilidades lúdicas de la imagen.



El **kit de creación** es una caja de herramientas virtual, una recopilación de propuestas creativas con estilos, formatos y géneros variados y adaptables a distintos niveles de lectura. Contiene actividades que van desde la reflexión y el debate hasta la escritura más atrevida y la narración gráfica más actual; desde la investigación y el periodismo, hasta el juego teatral y la escenografía.

Como todos los materiales que vas a encontrar en el Kit de creación, se trata de un descargable de acceso libre y gratuito, tanto en nuestra web como en la de sus creadores y creadoras. Puedes compartirlo también en la de tu biblioteca, centro educativo u asociación, siempre que hagas constar su autoría y procedencia y no lo uses con fines comerciales.



Abrimos esta sección con el cuaderno **La pregunta**, en el que hemos contado con el equipo de **Wonder Ponder** para que nos acompañen a mirar, jugar y pensar, su especialidad. Es un periódico ideado y escrito por Ellen Duthie y diseñado por Studio Patten, con el que formularemos innumerables interrogantes sobre la democracia y la participación, desde la infancia.

**WONDER PONDER**

# La Pregunta

La Tierra, un día cualquiera wonderponderonline.com

**ESPECIAL**

## PREGUNTAS PARA LA DEMOCRACIA

Un cuaderno ideado y escrito por Ellen Duthie, con ilustraciones y diseño de Studio Patten

¿QUÉ PREGUNTAS NO DEBERÍAMOS DEJAR DE HACERNOS NUNCA en una democracia?

¿Quién decide aquí?

¿Y si nunca nos ponemos de acuerdo?

¿Es siempre justo que decida la mayoría?

¿Deberíamos poder votar los bebés?

¿Y yo puedo participar?

¿Y si la mayoría se equivoca?

Y tú, ¿qué te preguntas?

Algunos de los personajes protagonistas de esta edición especial se hacen preguntas que dan que pensar.

### ¿Qué nos preguntamos sobre la democracia?

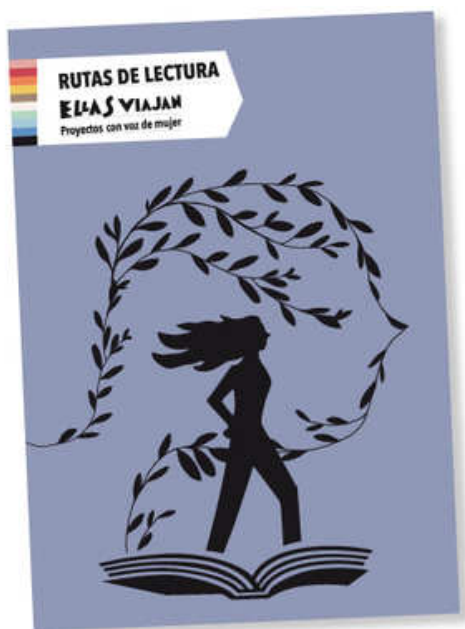
Wonder Ponder pone en marcha una investigación editorial internacional para reunir preguntas de personas menores de 18 años sobre la democracia y convertirlas en una exposición.

Ya está aquí esta edición especial de La Pregunta: un cuaderno repleto de propuestas para pensar, hablar, dibujar, escribir y hacerse preguntas sobre la democracia y la vida en común.

Este cuaderno con aspecto de periódico forma parte del proyecto con el que la editorial de filosofía y literatura para todas las edades Wonder Ponder invita a personas menores de 18 años a hacerse preguntas sobre la democracia y a compartirlas.

Esta investigación dará lugar a la exposición *Preguntas para la democracia*, que se inaugurará en el Museo de Albaracín (Teruel, España) en julio de 2026 y que viajará a otros lugares durante 2027. Al final de esta edición especial encontrarás una página para anotar tus mejores preguntas para la democracia y unas instrucciones para hacer tus propias pancartas. Cuando lo tengas todo, envíanos una foto de tus preguntas y de tu pancarta a: [questionsfordemocracy@gmail.com](mailto:questionsfordemocracy@gmail.com)

**Rutas de lectura** es una guía metodológica para trabajar la lectura compartida en la escuela. Es un **material gratuito** y descargable en pdf, que forma parte de un proyecto más amplio en el que participan todos los sectores del mundo del libro: educación, familias, librerías, bibliotecas, editoriales



[www.rutasdelectura.com](http://www.rutasdelectura.com)

Este proyecto ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



2

